

[DE LA VIRGINIDAD.]

ADVERTENCIA SOBRE EL LIBRO DE LA VIRGINIDAD.

Hemos separado este tratado del tercer libro sobre las Vírgenes, con el cual todas las ediciones hasta ahora lo habían unido, llevados, creemos, por razones que no solo hacen evidente la necesidad de esta distinción, sino que también inspiran admiración por una confusión tan evidente y al mismo tiempo tan prolongadamente no detectada. En verdad, en todos los manuscritos, el mismo tercer libro sobre las Vírgenes termina con las mismas palabras con las que lo hemos concluido: además, el comentario distinto no solo comienza en todas partes de esta manera: "Noble entre los antiguos," etc.; sino que también en la mayoría de esos mismos códices ocupa el lugar inmediatamente después del libro sobre las Viudas. Luego, el mismo Ambrosio, después de haber tratado sobre Santa Pelagia y su madre y hermanas en el mencionado libro sobre las Vírgenes, había indicado suficientemente que debía poner fin a su obra, diciendo: "Ya al desplegar las velas hacia el final del discurso," etc. (Lib. III de Virgin. c. 7, num. 32); lo cual ciertamente nunca habría dicho si hubiera planeado añadir una discusión mucho más larga sobre la parte que ya había sido tratada en el mismo libro. Además, la discrepancia no es oscura ni en el argumento ni en el estilo; pues en toda esta obra no se dirige en ningún momento a su hermana Marcelina, sino que casi siempre se dirige a las vírgenes, aunque a veces también a las viudas, en general. Finalmente, un pasaje del libro sobre las Viudas, que se sabe que es posterior a los libros sobre las Vírgenes, se indica claramente en esta obra (Lib. de Viduis cap. 8, num. 46); lo cual, aunque no pasó desapercibido para los editores romanos, es realmente sorprendente cómo no advirtieron esa absurda combinación de obras diferentes. Para que esto sea aún más claro, examinemos con un poco más de atención cada una de las partes de esta obra.

Comenzando con el célebre juicio de Salomón, el santo varón declara su interpretación mística (Cap. 1, num. 1 y ss.). Sin embargo, para admitir lo que es, esta primera parte no tiene mucha relación con el resto de la serie de la obra. Después de describir elegantemente el sacrificio de Jefté, que él mismo no aprueba en absoluto (Cap. 2, num. 5 y ss.), añade que se maravilla de que no se encontrara a nadie que se opusiera a la muerte de la virgen (Cap. 3, num. 10); mientras que a él, por haber prohibido las nupcias ilícitas de una virgen, nadie deja de criticarlo. De aquí, habiendo emprendido tanto su propia defensa como la del instituto virginal (Num. 11), defiende principalmente su acción con el ejemplo del Precursor: y exalta la condición virginal (Num. 14, 15 y ss.) porque Cristo eligió a las vírgenes para que fueran las primeras en verlo resucitado. Luego, después de haber criticado con la mayor modestia a sus detractores, aborda el asunto con más intensidad (Cap. 5, num. 24 y ss.), demostrando (Cap. 6 y 7) que no ha persuadido nada que sea impropio, nuevo o inútil. Pronto responde bellamente a las dificultades planteadas (Cap. 7, num. 35 y ss.); pero disolviendo con la máxima prudencia aquella objeción en particular que negaba (Num. 39 y ss.) la admisión a la consagración de vírgenes de tierna edad, finalmente declara que la edad no debe ser un obstáculo; ya que incluso los niños han derramado su sangre por Cristo con constancia (Cap. 8, num. 42 y ss.), y Cristo mismo quiso que el acceso a Él estuviera abierto a los niños, y finalmente, en los mismos comienzos de la Iglesia, la multitud, es decir, personas de cualquier sexo y edad, lo siguieron. De ahí, como si surgiera de la situación, explica cuándo y dónde debe ser buscado Cristo por las vírgenes, mediante la exposición de algunos versículos del Cantar de los Cantares (Num. 45), y después de haber mencionado a aquella viuda que dice haber criticado en otro libro, sobre las Viudas, por supuesto, dirige su discurso hacia la reconciliación, advirtiendo que se deben evitar los doctores perezosos y demasiado indulgentes (Num. 47 y 50). Continuando con la misma exposición del Cantar de los Cantares

(Num. 48 y ss.), enseña qué debe hacer el alma para buscar a Cristo y ser buscada por Él (Cap. 9 y ss.), así como para recibirlo y retenerlo internamente. Después de haber expuesto hábilmente las virtudes que deben ser buscadas y los vicios que deben ser evitados (Cap. 15 y ss.), ofrece la razón para controlar los cuatro movimientos del alma que Platón imitó de la imagen del carro volante de Ezequiel. Promete que el alma, por este camino, ciertamente llegará a Cristo, quien, cuando en el Evangelio se leyó públicamente el mismo día que era sagrado para los príncipes de los apóstoles, subió a la barca de Pedro y lo impulsó a echar las redes; por esta razón, explica qué significa llevar a lo profundo y qué significa el trabajo de los apóstoles (Cap. 19, num. 131 y ss.). Finalmente, augurando que su pesca será próspera por la presencia del obispo de Bolonia, y exhortando a las vírgenes, así como a las viudas, a que se incluyan en las redes apostólicas (Cap. 20, num. 129); corona la obra con la recomendación de Pedro y Pablo, a quienes también añade a Juan (Num. 130 y ss.).

Lo que se ha dicho hasta ahora demuestra claramente que esta obra debía ser colocada después del libro sobre las Viudas y separada de los libros sobre las Vírgenes. Pero en verdad, qué título deberíamos darle, no es fácil de determinar. Parece que una hoja fue arrancada del ejemplar autógrafo, lo que causó esa unión inapropiada y dio licencia a los escribas para que cada uno le pusiera el título que quisiera. De ahí que aquellos a quienes les gustó colocar este tratado inmediatamente después de los tres libros sobre las Vírgenes, lo titularon el cuarto libro sobre las Vírgenes; mientras que aquellos que prefirieron colocarlo después del libro sobre las Viudas, lo titularon el segundo libro sobre las Viudas. Pero dado que Jerónimo atribuye a Ambrosio un solo libro sobre las Viudas (Epist. 50, Apol. adv. Jovinian.), y en esta obra solo se trata de las viudas en algunos lugares brevemente y de manera incidental, no puede imponerse este título. Tampoco se le puede titular el cuarto libro sobre las Vírgenes; no solo porque Jerónimo (Ead. Apolog. pag. 392, col. 2) reconoce solo tres libros bajo este título de Ambrosio, sino también porque el mismo Ambrosio testifica haber compuesto solo tres (Lib. de Viduis cap. 1, num. 1). En esta duda, no nos ha parecido mejor que titularlo simplemente sobre la Virginidad, pensando que así se distingue suficientemente de otros tratados sobre el mismo tema y se designa la naturaleza del argumento; y tampoco se aleja mucho de los manuscritos, ya que en la mayoría de ellos termina con estas palabras: "Termina el libro de San Ambrosio sobre la Virginidad"; pues lo que añaden esos mismos códices "cuarto libro", lo añaden de su propia cosecha.

Además, se deduce tanto de la forma misma de la elocución (Cap. 5, num. 24), como de las citas de la Escritura que se habían leído públicamente en la Iglesia (Cap. 3, num. 14, y Cap. 19, num. 21), que este libro fue pronunciado como un sermón. Sin embargo, no creemos que se completara en una sola acción; ya que además de ese sermón que se pronunció en el natalicio de los Apóstoles (Cap. 19, num. 124), es decir, el tercer día antes de las calendas de julio, se puede notar al menos otro no menos claramente. Tampoco parece menos cierto que este libro es posterior a la obra sobre las Viudas, y por lo tanto, como es muy probable, fue compuesto en el año 378, y eso después de haber concluido el mes de junio.

LIBRO ÚNICO DE SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE LA VIRGINIDAD.
(C,S)

213 CAPÍTULO PRIMERO.

Después de narrar de manera histórica el juicio de Salomón entre dos mujeres, añade que esto mismo fue consignado por escrito para que sepamos que incluso lo más oculto puede salir a la luz. Luego, volviéndose al misterio, expone a la madre falsa como la tentación, a la

verdadera como la fe, y a la espada como la palabra de Dios. Finalmente, prepara al lector para la historia de Jefté.

1. Se dice que entre los antiguos fue noble aquel juicio de Salomón (III Reg. III, 16 y ss.), cuando fue interpelado por dos mujeres litigantes: una de las cuales, al volverse en sueños, había aplastado a su hijo y reclamaba al ajeno; la otra, consciente del verdadero amor y ajena a la culpa, reivindicaba a su hijo con justo derecho. Ambas, pues, perseverando con firmeza, la intención del juez vacilaba; pues Salomón no podía ser árbitro del secreto interior, ya que la mente de ambas peticionarias era más oculta. En un evento de resultado ambiguo, ordenó que se trajera una espada, y mandó a los ministros que simularan un triste ministerio, ordenando que se dividiera al niño, para que cada mujer obtuviera una parte: al oír esto, aquella que reclamaba al ajeno no solo accedió, sino que incluso pidió la división del niño, sin ser movida por ningún afecto materno. Pero aquella que sabía que el niño era suyo, no temiendo ser vencida, sino despojada, y ya no pensando en su propio consuelo, sino en su hijo, comenzó a rogar que el niño se entregara intacto a la ajena, antes que ser cortado en partes y devuelto a la madre propia. Por lo cual, Salomón, que no interrogaba con majestad divina, sino con argumentos como hombre, juzgó que el niño debía ser devuelto a aquella, pues el dolor propio había revelado a la verdadera madre: y a aquella que no era movida por la misericordia del niño moribundo, la declaró ajena a la naturaleza, pues la vio ajena a la piedad.

2. Por tanto, la verdad no quedó oculta, pero sin embargo fluctuó por la simulación de la otra: y durante mucho tiempo la buena madre también vaciló en un evento ambiguo, mientras se ponía en peligro por la incertidumbre del juicio. Aunque estas cosas se hicieron en figura en tiempos pasados, fueron escritas para nuestra corrección; para que entendamos que todo lo que es ficticio puede ser revelado, y todo lo compuesto puede ser descubierto.

3. Estas dos, pues (ya que no es nuestro propósito en este lugar tratar sobre mujeres), estas dos, digo, son la fe y la tentación. La tentación, digo, común desde el principio, autor del error, que después de haber perdido a su descendencia por el vicio de la conversación carnal y el sueño de la mente, intenta arrebatar el fruto de la descendencia ajena. Así, mientras la tentación litiga, la fe fluctúa; hasta que la espada de Cristo distingue los afectos ocultos. ¿Cuál es esta espada de Cristo? Aquella de la que está escrito: "No he venido a traer paz, sino espada" (Mat. X, 34). Es la espada de la que está escrito: "Y a ti misma una espada te atravesará el alma" (Luc. II, 35). Pero, ¿cuál es esta espada, qué espada, reconócelo: "La palabra," dice, "aguda y poderosa, y más penetrante que toda espada de dos filos, que penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de los tuétanos" (Hebr. IV, 12). Buena espada es la palabra de Dios: buena espada, como escrutadora del corazón y de los riñones, que distingue la mentira de la verdad, y a aquellos cuya alma ha atravesado no los mata, sino que los preserva.

215 4. Estas cosas, pues, dichas del libro de los Reyes, tomadas de la causa, narradas de la historia, usadas de la conciencia, extraídas de la fe. Ahora, veamos la serie de la lectura del libro de los Jueces. Pues no debía escucharse el parricidio con oídos ociosos. Así que repasemos la historia.

CAPÍTULO II.

Se recuerda el voto hecho por Jefté en la batalla, su regreso tras obtener la victoria, y el encuentro con su hija: en el cual, aunque el hecho es condenable, la fe en cumplir el voto no

es reprobable. Se discute por qué Dios, habiendo prohibido el sacrificio a Abraham, no impidió el parricidio de Jefté.

5. Jefté fue juez de los judíos. Él, enfrentado a un resultado incierto en la guerra, temiendo las incertidumbres de las batallas, hizo un voto de este tipo (Jueces XI, 30, 31), si derrotaba a sus adversarios, ofrecería en sacrificio a Dios, protector de sus triunfos, lo primero que le saliera al encuentro al cruzar el umbral de su casa. Así, habiendo ganado la guerra y derrotado a los enemigos, regresó a casa, donde en el mismo umbral su hija, recordando la piedad, ignorante de la ofrenda, salió a su encuentro. Pero recordando inmediatamente el padre, y advertido de su propia promesa, gimió por la obligación de cumplir con su promesa. "¡Ay de mí," dijo, "hija, me has perdido; pues he abierto mi boca sobre ti al Señor." Entonces ella: "Oh padre, si has abierto tu boca sobre mí al Señor, hazme según ha salido de tu boca" (Ibid., 35 y ss.). Sin embargo, pidió un plazo de solo dos meses, hasta que subiera al monte y llorara por su virginidad. Luego, después de haber transcurrido los dos meses, regresó a su padre. Él cumplió su voto; pues estas palabras deben usarse, ya que la Escritura divina no revela el efecto del hecho, sino que evita la mención del parricidio.

6. ¿Qué, pues? ¿Aprobamos esto? De ninguna manera. Pero, sin embargo, aunque no apruebo el parricidio, advierto el temor y la aprensión de violar la promesa. Finalmente, a Abraham se le dijo: "Ahora sé que amas al Señor tu Dios; porque no has perdonado a tu único hijo" (Gen. XXII, 12). Tienes, pues, una indicación que enseña que no se debe violar temerariamente una promesa. Pero se afirma en la misma lectura que a Dios no le agrada el parricidio; ya que en lugar del hijo se ofrece un carnero (Ibid., 13), para que este sea inmolado en lugar del hijo.

7. Jefté, pues, tenía un ejemplo a seguir, ya que el Señor no se deleitaba con la sangre humana. En un solo oráculo a Abraham, enseñó que la salvación de los hijos debe ser pospuesta al deber de la religión: que los hijos deben ser ofrecidos a Dios por los padres, pero no deben ser degollados. Ciertamente, cuando aquí la hija fue tan solícita por el voto del padre, ¿por qué el padre no dudó en el parricidio de la hija? Y cuando ella evitó la mentira paterna, ¿él no evitó la muerte de la hija?

8. Alguien dirá: ¿Por qué razón allí Dios no permitió que se cometiera el parricidio, y aquí permitió que se cumpliera? ¿Acaso Dios es aceptador de personas? No, sino de méritos y virtudes. Ciertamente, mientras el consejo era ambiguo, debía ser señalado por un oráculo lo que convenía tanto al hecho presente como al ejemplo futuro. Pero cuando ya había precedido un ejemplo, no juzgó necesario el oráculo; ya que la forma del hecho mostró lo que debía hacerse.

9. O tal vez, porque no hay una sola forma de méritos, por eso no hay una sola forma de hechos. El padre se dolió, la hija lloró: ambos dudaron de la misericordia de Dios. Abraham no se dolió, ni consultó el afecto del padre. Cuando escuchó el oráculo divino, no pospuso el sacrificio, sino que apresuró el cumplimiento. Isaac no dudó (Ibid., 3 y ss.), aunque seguía a su padre con pasos desiguales: no lloró cuando fue atado: no pidió dilación cuando fue ofrecido. Y por eso la misericordia fue más abundante, donde la fe fue más pronta. Y bien, no lloró el hecho del padre; porque fue el gozo de la madre (Gen. XXI, 6). Por esta exultación de devoción, se ordenó que un carnero fuera inmolado en su lugar, porque él mismo no se había pospuesto para ser inmolado: ni dudoso de la misericordia de Dios, ni solícito de su propia devoción. Nadie, pues, se encontró que revocara un afecto paterno tan cruel; porque todo el deber del prometido don convenía.

CAPÍTULO III.

El santo varón se maravilla de que, mientras nadie prohibió el parricidio de Jefe, algunos prohíban que se cumpla el voto de virginidad; incluso él mismo es acusado de haber prohibido que una virgen consagrada se casara. Prueba que esto fue su deber no solo por el ejemplo de Juan el Bautista y los preceptos de la Escritura, sino también por las mismas instituciones de los gentiles: y finalmente alaba la virginidad porque las vírgenes fueron las primeras en ver a Cristo resucitado.

10. Se inmola, pues, el sacrificio de sangre, y no hay quien se oponga: se ofrece el sacrificio de castidad, y se encuentra quien lo prohíba. El padre prometió un parricidio, y se cumple: el padre prometió la integridad de su hija, y se envidia el afecto de una ofrenda tan piadosa. Allí la hija, doliente, ofreció su sangre por la promesa paterna: aquí, una promesa tan piadosa no se cumple ni con el don hereditario ni con la propia voluntad.

11. En este asunto también se nos llama a culpa. ¿Cuál, entonces? ¿Porque prohibimos matrimonios ilícitos? Entonces llamen también a Juan el Bautista a la misma culpa. Y si no tenemos nada más que se pruebe en nosotros, que solo se condene en nosotros lo que fue aprobado en el profeta. ¿Acaso hemos presentado un autor que deba avergonzarnos? ¿Qué otra causa tuvo él para su martirio, repasen en su mente. Ciertamente, la causa de su pasión fue esta: "No te es lícito tenerla por esposa" (Mat. XIV, 4). Si esto se dijo sobre la esposa de un hombre, ¡cuánto más sobre una virgen consagrada! Demos gracias, pues, a la divinidad, porque aquí no hay Herodes, y ojalá no hubiera ninguna Herodías.

217 12. ¿No se permitió, pues, hablar por la virginidad? ¿Y por qué está escrito: "Juzgad al huérfano, y defended a la viuda" (Isa. I, 17)? ¿Y por qué está escrito: "Padre de huérfanos y defensor de viudas" (Sal. LXVII, 6)? ¿Entonces abandonaremos o incluso condenaremos a aquellas dedicadas a la castidad y la integridad?

13. Pero ciertamente, incluso entre los gentiles, la virginidad suele ser venerable entre los altares y los hogares: y en aquellos en quienes no hay piedad de méritos, ni integridad de mente; sin embargo, se alaba la virginidad de la carne. ¿Nadie, pues, prohibirá a las vírgenes en ceremonias profanas, y la virginidad será rechazada de la Iglesia de Dios? Allí se les obliga, lo que no se les enseña: aquí se les prohíbe, lo que no se puede enseñar? Allí se les aparta de los matrimonios con recompensas, aquí se les coaccionará a los matrimonios con injurias? Allí se hace violencia para que sean capturadas: aquí se hará violencia para que no profesen? ¿Y puede haber paciencia en los sacerdotes, para que no se defiendan el sacrificio de la integridad, incluso con la muerte ofrecida, si es necesario?

14. Consideren que las vírgenes merecieron ver la resurrección del Señor antes que los apóstoles. Ciertamente, esto enseñó la lectura de hoy que se ha recorrido; pues cuando en un nuevo sepulcro, como dijo Juan, fue puesto el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo (Juan XIX, 41, 42): y en su propio sepulcro, como es según el libro del Evangelio de Mateo, José puso el cuerpo del Señor (Mat. XXVII, 25 y ss.), las vírgenes observaban. Bien dijo Mateo que el sepulcro era nuevo; para que no se creyera que otro resucitó de un sepulcro viejo. Bien también, según el espíritu, fue puesto en el sepulcro de un justo; porque Cristo resurge de entre los muertos con el nuevo afecto de un justo. Bien también, según la letra, fue un sepulcro ajeno; porque el Señor no buscó su propio sepulcro. Tengan tumba aquellos que están bajo la ley de la muerte: el vencedor de la muerte no tenía su propia tumba; pues no deseaba el sepulcro de la muerte, quien traía trofeos de la muerte. María, pues, vio la resurrección del Señor: y fue la primera en ver, y creyó. También vio María Magdalena, aunque esta aún vacilaba.

CAPÍTULO IV.

Con ocasión de la duda de Magdalena, exhorta a las vírgenes a la fe: y recorre con un sentido espiritual y de manera muy agradable lo que se lee sobre el coloquio de Cristo con ella en el Evangelio de Juan.

15. En este punto, presten atención a una cuestión no menor, para que no duden de la resurrección del Señor, vírgenes. Vean que el mérito no lo hace solo la virginidad de la carne, sino también la integridad de la mente. Por lo tanto, a María Magdalena se le prohíbe tocar al Señor porque dudaba de la fe en la resurrección. Así que toca a Cristo quien lo toca con fe.

16. Pero María Magdalena estaba afuera del sepulcro llorando (Juan 20, 11). Quien está afuera, llora; pues quien está adentro, no sabe llorar. Lloro porque no ve el cuerpo de Cristo y piensa que ha desaparecido porque ella no lo percibe. Así que María está afuera; pero no Pedro, no Juan están afuera. De hecho, ellos corriendo entraron; y por eso no lloraron, y se fueron regocijados. Ella, que no entró, lloró, no creyó, pensó que había sido robado con engaño, ni siquiera cuando vio a los ángeles pensó que debía creer. Y por eso los ángeles le dicen: Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas? (Ibid. 13). Esto dicen los ángeles, y el Señor después repitió las mismas palabras; para que sepan que las palabras de los ángeles son mandatos del Señor.

17. De hecho, como dije, el Señor repitió las mismas palabras diciendo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas? Quien no creyó, es mujer; pues quien cree, resurge en hombre perfecto, en la medida de la plenitud de la edad de Cristo (Efesios 4, 13). Mujer, dice: no es una reprensión por el sexo, sino por la duda. Y bien mujer, quien dudaba; porque ya la virgen había creído. ¿Por qué lloras? esto es: Tú eres la causa de tu llanto, tú eres la autora de tu llanto, que eres incrédula de Cristo. Lloras porque no ves a Cristo: cree, y lo verás. Cristo está presente, y nunca falta a aquellos que lo buscan. ¿Por qué lloras? esto es, no hay necesidad de lágrimas, sino de fe pronta y digna de Dios. No pienses en cosas mortales, y no llorarás: no pienses en cosas perecederas, y no podrás tener causa de llanto. ¿Por qué lloras por lo que otros se regocijan?

18. ¿A quién buscas? esto es: ¿No ves que Cristo está presente? ¿No ves que Cristo es la virtud de Dios, que Cristo es la sabiduría de Dios, que Cristo es la santidad, que Cristo es la castidad, que Cristo es la integridad, que Cristo nació de una virgen, que Cristo es del Padre, y con el Padre, y en el Padre siempre, nacido no hecho, ni degenerado, sino siempre amado, verdadero Dios de Dios verdadero?

19. Se han llevado, dice, al Señor del sepulcro, y no sé dónde lo han puesto (Juan 20, 15). Te equivocas, mujer, que piensas que Cristo ha sido llevado del sepulcro por otros, y no resucitado por su propio poder. Pero nadie ha llevado la virtud de Dios, nadie ha llevado la sabiduría de Dios, nadie ha llevado la venerable castidad. Cristo no es llevado del sepulcro del justo, ni del secreto de su virgen, y del arcano de la mente piadosa: y si algunos quieren llevarlo, no pueden quitarlo.

20. Entonces el Señor le dijo: María, mírame (Ibid., 16). Cuando no cree, es mujer: cuando comienza a convertirse, se llama María, es decir, recibe su nombre, quien da a luz a Cristo; pues es el alma que espiritualmente da a luz a Cristo. Mírame, dice. Quien mira a Cristo, se enmienda: pero se equivoca quien no ve a Cristo.

21. Y por eso ella, volviéndose, miró y dijo: Rabí, que se interpreta como maestro. Quien mira, se convierte: quien se convierte, mira más plenamente: quien ve, progresa. Y por eso llama maestro a quien creía muerto: habla a quien pensaba perdido.

22. No me toques, dice (Ibid., 17), esto es, aunque hay intentos de corrección; sin embargo, el afecto vacilante no toca a Cristo. No me toques, dice, esto es, no toques la virtud de Dios, la sabiduría de Dios, la integridad reverenda, la castidad honorable.

23. Pero ve a mis hermanos. ¿Qué es sino decir: Ya no llores afuera? Ve a los elegidos y a los sacerdotes más observantes; y diles: Asciendo a mi Padre, y a vuestro Padre: a mi Dios, y a vuestro Dios. ¿Qué es sino decir: No plantees aquí una cuestión, mujer? Ciertamente pregunta a los más perfectos, te dirán cuál es la distinción entre mi Padre y vuestro Padre. Pues quien es Padre mío según la generación divina, es Padre vuestro según la adopción. Al decir mi Padre, el Hijo de Dios se separó de las criaturas: al decir vuestro Padre, designó la gracia de la adopción espiritual. Así también al decir mi Dios, mostró el misterio de su Encarnación; para que a quien tiene naturalmente como Padre, lo llame Dios por el sacramento del cuerpo asumido: también al decir vuestro Dios, mostró el progreso en nosotros de su operación.

CAPÍTULO V.

Vuelve de la digresión a su defensa, y no solo reconoce lo que se le imputa, sino que también lo intensifica, declarando su deseo de llamar incluso a las que van a casarse al estudio de la virginidad.

24. Y verdaderamente nuestro Dios se ha hecho para nosotros, desde que Cristo sufrió; cuando, por no mencionar otras cosas, las vírgenes están dispuestas a morir para preservar la integridad. No hablo de la causa, no hablo de la persona; pues donde está la gracia del Señor, allí debe estar la paz del Señor. Y no acuso públicamente a nadie, sino que vengo a defenderme a mí mismo. Pues hemos sido acusados, y si no me equivoco, muchos de nuestros acusadores son de entre ustedes. Prefiero refutar sus afectos que revelar sus personas. La envidia del crimen es esta, porque aconsejo la castidad. Quien no acepta esto de buen grado, se delata a sí mismo.

25. Enseñas la virginidad, dice, y persuades a muchos. ¡Ojalá fuera convencido, ojalá se probara el efecto de tan gran crimen! No temería la envidia, si reconociera la eficacia. Y ojalá me acusaran más con ejemplos que me golpearan con palabras. Pero temo que parezca que he puesto prevaricadores para mí, que me recomiendan con alabanzas ajenas.

26. Prohíbes a las jóvenes iniciadas en los sagrados misterios y consagradas a la integridad casarse. ¡Ojalá pudiera llamar de vuelta a las que van a casarse! ¡Ojalá pudiera cambiar el velo nupcial por el piadoso velo de la integridad! ¿Acaso parece indigno que las vírgenes consagradas no sean llevadas de los altares sacrosantos al matrimonio? Y a quienes les es lícito elegir esposo, ¿no les es lícito preferir a Dios? Entonces, la condición del hecho se cambia en mi contra, para que lo que siempre ha sido para la gracia de los sacerdotes, sembrar semillas de integridad y provocar estudios de virginidad, se convierta en un oprobio para mí.

CAPÍTULO VI.

Provocar a la virginidad no es impropio, ni nuevo, ni inútil: de los cuales, en el primer punto, se concluye brevemente, el segundo, es decir, que no es nuevo, se demuestra con la sentencia

de Cristo, el juicio de los apóstoles y el ejemplo de los niños: luego, advirtiendo que no se deben condenar los matrimonios, declara sus muchas y graves molestias; y prudentemente aconseja que nadie difame ninguna de estas condiciones.

27. Pues pregunto si esto se reprende como impropio, o como nuevo, o como inútil. Si como impropio, entonces son impropios los votos de todos, impropia es la vida de los ángeles, que la gracia de la resurrección imita; pues quienes no se casan, ni se dan en matrimonio, serán como ángeles en el cielo (Mateo 22, 30). Quien reprende esto, condena los votos de la resurrección. Por lo tanto, no puede parecer impropio lo que se ha establecido como recompensa para los hombres: ni puede desagradar la apariencia de aquello cuya verdad está tanto en el fruto como en el voto.

28. Pero supongamos que no es impropio, ¿acaso es nuevo? Pues condenamos justamente todas las cosas nuevas que Cristo no enseñó; porque Cristo es el camino para los fieles. Si, por lo tanto, Cristo no enseñó lo que enseñamos, también nosotros lo juzgamos detestable. Examinemos, pues, si Cristo enseñó la integridad, o si pensó que debía ser rechazada: Y hay eunucos que se hicieron eunucos a sí mismos por el reino de los cielos (Mateo 19, 12). Por lo tanto, es una milicia ilustre la que milita por el reino de los cielos. Así que ya entonces el Señor enseñó que deben existir estudios inmaculados de castidad.

29. De donde también los apóstoles, al ver que ella sobresalía sobre las demás: Si tal es la causa del hombre con su mujer, no conviene casarse (Ibid., 10). Con esta declaración, juzgaron más pesadas las cargas del vínculo conyugal, y prefirieron la gracia de la verdadera integridad. Pero el Señor, que sabía que la integridad debía ser predicada a todos, pero imitada por pocos: No todos entienden esta palabra, sino aquellos a quienes se les ha dado (Ibid., 11), esto es, la integridad no es común para muchos, ni vulgar: no se permite por debilidad, sino que se concede por virtud. De hecho, cuando dijo: Y hay eunucos que se hicieron eunucos a sí mismos por el reino de los cielos (Ibid., 12); para mostrar que esto no es de virtud mediocre: Quien pueda entender, que entienda.

30. Y por eso, después de esta palabra, se ofrecen niños para ser bendecidos, quienes, libres de corrupción, guardan el don de la integridad con una edad inmaculada. Porque de ellos es el reino de los cielos, quienes regresan a la castidad infantil como a la naturaleza de los niños por la ignorancia de la corrupción. Por lo tanto, la virginidad es probada por la voz celestial, y debe ser buscada por los preceptos del Señor.

31. En este lugar, imitemos la enseñanza de la voz divina. Pues cuando en lo anterior recordó que el matrimonio no debe ser disuelto, salvo por causa de fornicación, en lo posterior entrelazó la gracia y el don de la integridad (Ibid., 9); para enseñar que no se deben condenar los matrimonios, sino aprobarlos; sin embargo, los estudios de integridad deben ser preferidos a los matrimonios mismos. ¿Quién es tan alejado de la verdad que condene los matrimonios? Pero, ¿quién es tan ajeno a la razón que no sienta las cargas del matrimonio? Pues la mujer no casada y la virgen piensan en las cosas del Señor; para que sea santa en cuerpo y espíritu. Pero la que está casada piensa en las cosas del mundo, en cómo agradar a su marido (1 Corintios 7, 34).

32. Y además de estas molestias, aunque al casarse no peque, tendrá contrición de la carne de este tipo: pues los dolores del parto son graves, la molestia de criar y educar a los hijos es grave. A quienes antes prescribió, para que nadie se apartara de tales injurias; pues muchas, estando en los dolores del parto, dicen que renuncian al matrimonio: muchos también, no soportando las cargas del matrimonio, se apartan con afecto ajeno de la esposa. Y por eso el

Apóstol antes dijo: ¿Estás ligado a una mujer? No busques la separación (Ibid., 27). Y bien dice: Estás ligado; pues el hombre y la mujer están unidos entre sí por un cierto vínculo amoroso, y están atados entre sí por ciertas riendas de amor.

33. Por lo tanto, son buenos los lazos del matrimonio, pero sin embargo son lazos: es bueno el matrimonio, pero sin embargo es llevado por un yugo, y el yugo del mundo; para que desee más agradar al hombre que a Dios. También son buenas las heridas de la caridad, y preferibles a los besos: Pues son útiles las heridas del amigo, más que los besos voluntarios del enemigo (Proverbios 27, 6). De hecho, Pedro hiere (Mateo 26, 51), Judas besa (Ibid., 49): a aquel lo condenan los besos, a este lo corrige la herida: en los besos de aquel se vierten los venenos de la traición, en las lágrimas de este se lava la culpa. Así que para mostrar que la palabra profética son buenas las heridas de la caridad, la Iglesia dice en el Cantar de los Cantares: Porque estoy herida de caridad (Cantar 2, 5).

34. Por lo tanto, nadie, ni quien eligió el matrimonio, reprenda la integridad: ni quien sigue la integridad, condene el matrimonio. Pues la Iglesia ya ha condenado a los intérpretes adversarios de esta sentencia, a saber, aquellos que se atreven a disolver el vínculo conyugal. Escuchen lo que dice la sacrosanta Iglesia: Ven, hermano mío, salgamos al campo, descansemos en las aldeas, levantémonos temprano para ir a las viñas, veamos si la vid ha florecido (Cantar 7, 11, 12). Muchos frutos tiene el campo, pero aquel es mejor que abunda tanto en frutos como en flores. Por lo tanto, el campo de la Iglesia es fecundo en diversas cosechas. Aquí verás los brotes de la virginidad floreciendo en primavera, allí como en los campos del bosque la viudez floreciendo en gravedad, en otro lugar como en la abundante cosecha del matrimonio llenando los graneros del mundo, y como las viñas casadas con sus frutos llenando los lagares del Señor Jesús, en los cuales abunda el fruto del matrimonio fiel.

CAPÍTULO VII.

Abordando el tercer punto, a saber, que la virginidad no es inútil, niega que de aquí se derive algún daño para la república; más bien, donde más florece ese estado, allí se encuentra la más copiosa frecuencia de ciudadanos: lo cual, aunque fuera de otro modo, no se debe reprobar; ya que en las esposas que viven castamente no se culpa esto. Después de haber demostrado la inanidad de aquellos que objetaban que las bodas se hacían más difíciles para la juventud, responde a quienes sostenían que las vírgenes debían ser veladas más tarde, que aquí se requiere la prudencia del obispo: pero que no solo se debe considerar la edad, lo prueba con los ejemplos de los mártires y de los niños que se acercan a Cristo.

35. Ni impropio, ni nuevo es el estudio de la integridad. Veamos si acaso se juzga inútil; pues he oído a algunos decir que el mundo ha perecido, que la raza humana ha disminuido, que los matrimonios han sido socavados. Pregunto, ¿quién ha buscado esposa y no la ha encontrado? ¿Cuándo ha habido guerras por una virgen? ¿Quién ha sido alguna vez asesinado por una virgen? Pero de los matrimonios nacen estas cosas, para que el adúltero de la esposa sea asesinado, el raptor sea buscado en batallas. Estas siempre han sido un daño para la república. Por una virgen sagrada nadie ha sido condenado; porque la castidad no la cohibe el castigo, sino que la religión la aumenta, y la fe la conserva.

36. Si alguien, por lo tanto, piensa que la consagración de las vírgenes disminuye la raza humana, considere que donde hay pocas vírgenes, también hay menos hombres: donde los estudios de virginidad son más frecuentes, allí también el número de hombres es mayor. Aprendan cuántas consagra anualmente la Iglesia de Alejandría, de todo Oriente y de África. Aquí nacen menos hombres de los que allí se consagran vírgenes. Por lo tanto, según el uso

del mismo orbe terráqueo, la virginidad no se considera inútil, especialmente cuando por una virgen vino la salvación, fecundando el mundo romano.

37. Pero si alguien prohíbe esto, prohíba entonces a las esposas castas vivir, porque las incontinentes pueden dar a luz más frecuentemente. Ninguna esposa debe guardar fidelidad a su marido viajero; para que no cause daño a la futura prole, y no pierda la edad de un parto más frecuente.

38. Pero el camino se hace más difícil para los jóvenes para obtener matrimonios. ¿Qué si acaso es más conveniente? Pues pregunto tener alguna discusión con aquellos que llevan la sentencia de prohibir la virginidad. Así que debemos discutir quiénes son estos: si quienes tienen esposas, o quienes no las tienen. Si quienes las tienen, no deben temer; pues sus esposas ya no pueden ser vírgenes. Si quienes no las tienen, no se hagan daño a sí mismos, por haber esperado solo el matrimonio de aquella que no iba a casarse. ¿O acaso los padres, preocupados por la unión de sus hijas, se molestan porque las vírgenes se consagran? Tampoco tienen que temer esto; si siguen el consejo. Entre pocas, sus hijas serán elegidas más rápidamente.

39. También dicen muchos que las vírgenes deben ser veladas en una edad más madura. Ni yo niego que debe haber precaución sacerdotal, para que no se vele a una joven temerariamente. Que el sacerdote observe, observe la edad, pero de la fe o del pudor. Que observe la madurez de la modestia, examine la canicie de la gravedad, la vejez de las costumbres, los años de la castidad, los ánimos de la castidad: luego, si la custodia de la madre es segura, la sobria diligencia de las compañeras. Si estas cosas están presentes, no falta a la virgen la canicie longeva: si estas cosas faltan, que se difiera la joven más joven en costumbres que en años.

40. Por lo tanto, no se rechaza la edad más floreciente, sino que se examina el ánimo. Pero ciertamente no fue la vejez, sino la virtud la que probó a Tecla. Y de aquí, ¿por qué tejer más, cuando toda edad es apta para Dios, perfecta para Cristo? De hecho, no decimos que la virtud es apéndice de la edad, sino que la edad es de la virtud. Y no te maravilles de la profesión en los jóvenes, cuando has leído de la pasión en los niños; pues está escrito: De la boca de los niños y de los lactantes perfeccionaste la alabanza (Salmo 8, 3). ¿Dudamos si la juventud sigue a aquel hasta la continencia, a quien la infancia confiesa hasta la muerte? Y como si pensamos que es increíble, si las jóvenes en edad de casarse siguen a Cristo al reino, a quien también los niños seguían en el desierto; como leemos que se saciaron de cinco panes cuatro mil hombres, excepto, dice, los niños y las mujeres (Mateo 14, 21).

41. No impidan, por lo tanto, a los niños venir a Cristo; porque también ellos sufrieron el martirio por el nombre de Cristo: Porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo 19, 14). El Señor los llama, ¿y tú los prohíbes? Pues el Señor dice de ellos: Dejen que vengan a mí. No impidan a las jóvenes, de quienes está escrito: Por eso las jóvenes te amaron (Cantar 1, 2). Y te llevaron a la casa de su madre (Cantar 8, 2). No separen finalmente de la caridad de Cristo incluso a los pequeños, a quien incluso dentro del vientre de la madre, aún colocados, confesaban con exultación profética. (Lucas 1, 41).

CAPÍTULO VIII.

Arriba demostró que toda edad es apta para buscar a Cristo, aquí muestra que ningún lugar es inapropiado para ello. ¿Por qué se llevan a los enfermos a Cristo al ponerse el sol, y se le busca ya al amanecer? donde también se enseña a evitar la jactancia. Exhortación a seguir a

Cristo durante el día: pero no se le encuentra ni en el foro, ni en las plazas, donde se dice que la Esposa es herida y despojada.

42. En los mismos principios de la Iglesia, las multitudes lo buscaban. ¿De qué manera? Porque imponiendo las manos, dice, los curaba (Lucas 4, 40). Ni se busca tiempo ni lugar para sanar. Pues en todos los lugares y en todos los tiempos no se debe dejar pasar la medicina. Dentro de la casa, María es bendecida por el ángel (Lucas 1, 28); dentro de la casa, David es ungido como profeta (1 Samuel 16, 3). En todas partes Jesús cura, en todas partes sana: en el camino, en la casa, en el desierto. En el camino se cura a la que tocó el borde (Mateo 9, 20): en la casa del jefe de la sinagoga se resucita a la hija (Marcos 5, 41): en el desierto se sana a la multitud. De hecho, así tienes: Cuando el sol se puso, todos los que tenían enfermos con diversas enfermedades, los llevaban a él. Y él, imponiendo las manos sobre cada uno de ellos, los curaba (Lucas 4, 40). Sanaba, por lo tanto, tanto en el desierto, como ya al ponerse el sol, y sanaba, imponiendo las manos; para mostrar que era tanto Dios como hombre. No sin razón, por lo tanto, ya al amanecer las multitudes lo buscaban.

43. Veo el orden. Al ponerse el sol, los enfermos son llevados a Cristo: y al amanecer, las multitudes lo buscaban. ¿Cuándo, si no durante el día, se busca a Cristo? Pues quien camina en la luz, no se aleja de Cristo. Así, la noche aún tenía los gemidos de los enfermos, y el día ya la fe del pueblo, ya la alegría de los sanados; para que se cumpliera lo que está escrito: Al atardecer permanecerá el llanto, y por la mañana la alegría (Salmo XXIX, 6). ¿Qué mayor gracia para las multitudes que seguir a Cristo incluso en un lugar desierto?

44. En esto, Él enseña que la jactancia debe estar ausente del perfecto: no evitaba la multitud de los que iban a ser sanados, sino la jactancia de las obras. Y nosotros, si deseamos ser salvos, o si ya merecemos la salud, lejos de la lujuria, lejos de la lascivia; como en el árido y estéril suelo de esta vida, sigamos a Cristo, que huye de los placeres con cierta sed del cuerpo.

45. Sigámoslo durante el día. Está presente el día de la Iglesia, que Abraham vio y se alegró (Juan VIII, 56). Sigamos, pues, a Cristo durante el día; pues no se encuentra en las noches. En mi lecho, dice, en las noches busqué al que ama mi alma: lo busqué, y no lo encontré: lo llamé, y no me respondió (Cantar de los Cantares III, 1).

46. En el mercado o en las plazas no se encuentra a Cristo. De hecho, tampoco pudo encontrarlo en el mercado y en las plazas aquella que dijo: Me levantaré, iré y rodearé la ciudad, en el mercado y en las plazas, y buscaré al que ama mi alma. Lo busqué, y no lo encontré: lo llamé, y no me respondió (Ibid. 2). Por tanto, no busquemos a Cristo allí donde no podemos encontrarlo. Cristo no es un vagabundo. Cristo es paz, en el mercado hay disputas: Cristo es justicia, en el mercado hay iniquidad: Cristo es laborioso, en el mercado hay ocio vano: Cristo es caridad, en el mercado hay murmuración: Cristo es fe, en el mercado hay fraude y perfidia: Cristo está en la Iglesia, en el mercado hay ídolos. Y para que aquella viuda, a la que mencionamos en otro libro (De viduis c. 9 y sig.), sepa que no hablo por deseo de criticarla, sino de advertirla: y que no soy áspero, sino solícito; reciba con gracia la reconciliación: en la Iglesia la viuda es justificada, en el mercado es engañada. Evitemos, pues, el mercado, evitemos las plazas.

47. Toma para ti la prudencia conocida, para que te guarde de la mujer ajena y mala... Porque por la ventana de su casa mira hacia las plazas (Prov. VII, 4 y sig.). Evitemos las plazas. No es solo un daño no encontrar a quien buscas; sino que a menudo buscar donde no se debe es

una herida: buscar en las casas de hombres que falsamente se atribuyen el nombre de doctores: buscar con más atrevimiento que modestia.

48. Por tanto, cuidémonos con el ejemplo de aquella Iglesia, para que no nos encuentren los guardianes que recorren la ciudad: Me encontraron, dice, los guardianes que recorren la ciudad: me golpearon, me hirieron, y me quitaron el manto los guardianes de los muros (Cantar de los Cantares V, 7). No en sí, hijas; no, digo, en sí, hijas, sino en nosotros es herida la Iglesia. Cuidémonos, pues, de que nuestra caída no se convierta en herida de la Iglesia; para que nadie nos quite el manto, es decir, el vestido de prudencia, el distintivo de paciencia, con el que se despoja la ambición de una vestidura más suave: Porque los que se visten con vestiduras suaves están en las casas de los reyes (Mateo XI, 8). Pero Cristo nos dio el manto, con el que Él mismo vistió a sus apóstoles y a su cuerpo. Lo que finalmente te ordena dar, si alguien te pide la túnica, para que le dejes también el manto (Mateo V, 40), es decir, entregues el distintivo de tu filosofía, y como con el vestido de tu prudencia, vistas a quien antes estaba desnudo.

CAPÍTULO IX.

Buscar a Cristo en los montes de aromas y en el desierto: se describe la fecundidad de esto, explicando por qué se llama a Cristo flor y lirio: y se narra que la Iglesia desea ser llevada a la casa del vino y ordenada en sí misma la caridad.

49. Allí, pues, hijas, busquemos a Cristo, donde lo busca la Iglesia, en los montes de buen olor, que con la altura de sus obras excelsas exhalan el suave aroma de la vida por las cimas de sus méritos. Pues huye de las plazas, huye de las reuniones y del bullicio del mercado, según está escrito: Huye, hermano mío, y hazte semejante al ciervo o al cervatillo en los montes de aromas (Cantar de los Cantares VIII, 14). Pues, invisible a las serpientes y huyendo de los perros, y hostil a las serpientes que reptan por el suelo, no sabe habitar sino en la altura de las virtudes, no sabe morar sino en tales hijas de la Iglesia, que pueden decir: Porque somos buen olor de Cristo para Dios (II Cor. II, 15); pero para algunos olor de muerte para muerte, en aquellos que perecen: para algunos olor de vida para vida, en aquellos que ciertamente respiran con fe viva el aroma de la resurrección del Señor.

50. Estos son los montes de aromas, que recibieron el cuerpo de Jesús el Señor, y lo envolvieron en lienzos con aromas (Juan XIX, 40); pues todos los que creyeron que Jesús murió, fue sepultado y resucitó, estos elevaron la cima excelsa de la verdadera fe con las cumbres de las virtudes. ¿Dónde, pues, se busca a Cristo? En el pecho del sacerdote prudente, por supuesto.

51. Y dado que este tratado se toma del desierto, donde debe buscarse, Él mismo también lo demuestra, diciendo: Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles. Como lirio entre espinas (Cantar de los Cantares II, 1, 2). He aquí otro lugar donde el Señor suele habitar; más bien, no en uno, sino en varios. Yo, dice, soy la flor del campo; porque frecuenta la simplicidad abierta de la mente pura. Y el lirio de los valles; pues Cristo es la flor de la humildad, no de la lujuria, no de los placeres, no de la lascivia, sino la flor de la simplicidad, la flor de la humildad. Como lirio entre espinas. ¿No surge la buena flor de olor entre las asperezas de los trabajos, las contriciones de los ánimos; porque Dios se complace con el corazón contrito?

52. Este es el desierto, hijas, que conduce al reino, este es también el desierto, que florece como el lirio; según está escrito: Alégrate, estéril, y exulta, desierto, y florece como el lirio

(Isaías XXXV, 1). En este desierto, hijas, aquel buen árbol fructífero, que produce buenos frutos (Mateo VII, 17), comienza a extender los brazos de sus obras, a elevar la cima de la divinidad. Junto a la cual los árboles de nuestro bosque comienzan a brotar; porque como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi hermano entre los hijos (Cantar de los Cantares II, 3). Y viendo esto, la Iglesia se alegra y regocija diciendo: En su sombra deseé y me senté, y su fruto es dulce en mi boca.

53. Viendo, digo, esto la Iglesia, y ya gozosa por el éxito de nuestra fe, diga: Llévame a la casa del vino y ordena en mí la caridad (Ibid. 4). La caridad no puede existir sin fe; pues hay tres que son como pilares de la Iglesia, esperanza, fe, caridad. Cuando la esperanza ha precedido, la fe ha sido fundada, se ordena la caridad, la Iglesia se une.

CAPÍTULO X.

Para merecer la venida de Cristo, se debe invocar al Espíritu Santo; pues Él no siempre viene, ni a todos: sino a aquella alma que ha despojado la túnica terrenal, para no volver a tomarla. Qué significa el lavado de pies; y lo que dice la Esposa, ¿cómo los ensuciaré? Finalmente, se demuestra que aquí deben entenderse los pies del alma espiritual.

54. Has aprendido, pues, dónde buscar a Cristo; aprende también cómo puedes merecer que Él te busque. Despierta al Espíritu Santo diciendo: Levántate, Aquilón, y ven, Austro; sopla en mi jardín y fluyan mis aromas (Cantar de los Cantares IV, 16). Descienda mi hermano a su jardín, y coma los frutos de sus árboles frutales (Cantar de los Cantares V, 1). El jardín del Verbo es el afecto del alma floreciente, y en los árboles frutales está el fruto de la virtud.

55. Viene, pues; y ya sea que comas, ya sea que bebas, si invocas a Cristo, está presente diciendo: Venid, comed de mi pan, y bebed de mi vino (Proverbios IX, 5); o incluso si duermes, llama a la puerta. Viene, digo, frecuentemente, y a través de la ventana extiende su mano: pero no siempre ni a todos; sino a aquella alma que puede decir: De noche me despojé de mi túnica (Cantar de los Cantares V, 3). Pues en esta noche del mundo primero debes despojarte del vestido de la vida corporal, pues el Señor se despojó de la carne, para triunfar por ti sobre los dominios y potestades de este mundo.

56. ¿Cómo me la pondré? (Ibid.) Mira lo que dice el alma devota a Dios. Se despojó tanto de los actos del cuerpo y de los hábitos terrenales, que no sabe cómo, incluso si quisiera, podría volver a ponérsela. ¿Cómo me la pondré? es decir, ¿con qué vergüenza, con qué pudor, con qué memoria finalmente? La costumbre del bien ha perdido el uso de la antigua depravación.

57. Lavé mis pies, ¿cómo los ensuciaré? (Ibid.) Has aprendido en el Evangelio que lavar los pies es el misterio de la fe, el signo de la humildad; según está escrito: Si yo, el Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, cuánto más debéis vosotros lavaros los pies unos a otros (Juan XIII, 14)! Pero esto pertenece a la humildad. En cuanto al misterio, debe lavar sus pies quien quiera tener parte con Cristo: Si no te lavo, dice, no tendrás parte conmigo (Ibid. 8). Si esto se dice a Pedro, ¿qué se piensa de nosotros?

58. Quien ha lavado, pues, sus pies, no necesita volver a lavarlos; y por eso debe cuidar de no ensuciarlos. Y bien dice la santa Iglesia: Lavé mis pies. No dice: ¿Cómo los volveré a lavar? sino, ¿cómo los volveré a ensuciar? como olvidada de la mancha antigua, olvidada del contagio. Advierte, pues, en el ministerio corporal cómo debemos lavar espiritualmente la huella de nuestros actos. Así que, una vez que hayas lavado tus pies con el riego de la fuente

eterna, y los hayas limpiado con el sacramento del misterio; cuida de no volver a ensuciarlos con la inmundicia del deseo corporal, y con las suciedades terrenales de un acto lodoso.

59. Estos son los pies que David lavó en espíritu, quien te enseña cómo no puedes ensuciarlos, diciendo: Estaban nuestros pies en tus atrios, Jerusalén (Salmo CXXI, 2). Sin duda aquí no entiendas los pies del cuerpo, sino del alma. ¿Cómo podría el hombre terrenal tener los pies del cuerpo en el cielo? Pues Jerusalén, como Pablo te enseñó (Hebreos XII, 22), está en el cielo. Y el mismo te enseñó cómo puedes estar en el cielo, cuando dice: Nuestra conversación está en los cielos (Filipenses III, 20); conversación de costumbres, conversación de hechos, conversación de fe.

CAPÍTULO XI.

Es bueno temblar y apresurarse al acercarse a Cristo: Él no solo cuando viene, sino también antes de que venga, suele traer la recompensa, para que los dedos y las manos fluyan con mirra, es decir, para que creamos que Cristo no vio la corrupción, siendo su nombre un unguento derramado. Este unguento que siempre ardía ante el Padre, el Hijo lo derramó en el tiempo: pero fue vaciado entre los judíos, y recogido por los gentiles, y aunque aún fluye diariamente, debe ser recogido diligentemente, para que penetre toda nuestra alma.

60. Quien vive así, puede decir: Mi hermano metió su mano por la ventana, y mi vientre se turbó por él: me levanté para abrir a mi hermano (Cantar de los Cantares V, 4). Es bueno que las entrañas se turben al advenimiento del Señor. Si María se turbó al advenimiento del ángel (Lucas I, 29), ¡cuánto más nos turbamos al advenimiento de Cristo! Pues al influir lo divino, el afecto corporal se aleja, y el uso de ese hombre exterior se desvanece. Y tú, turbado, apresúrate. Aquellos que comían el cordero apresuradamente fueron ordenados (Éxodo XII, 11). Levántate, abre, Cristo está en la puerta, golpea los vestíbulos de tu casa: si abres, entrará, y entrará con el Padre.

61. Y no solo cuando ha entrado deja la recompensa; sino que incluso antes de entrar, envía la recompensa. Aún el alma está turbada, aún palpa las paredes de su casa, aún busca la puerta donde está Cristo, aún desata el vínculo de la carne, y las barreras del cuerpo, aún Cristo golpea afuera: Mis manos, dice, destilaron mirra, y mis dedos estaban llenos en las cerraduras (Cantar de los Cantares V, 5). ¿Qué mirra destilan las manos del alma, sino aquella que ofreció aquel justo Nicodemo, maestro en Israel (Juan III, 1 y sig.), aquel que mereció ser el primero en escuchar el misterio del bautismo, quien trajo una mezcla de mirra y áloe como cien libras, y la puso en el cuerpo de Jesús (Juan XIX, 39): ciertamente trajo el perfecto aroma de la fe?

62. Este aroma fragante es el alma que comienza a abrir a Cristo, para recibir primero el aroma de la sepultura del Señor, y creer que su carne no vio la corrupción, ni se marchitó con ningún olor de muerte: sino que, condimentada con el aroma de aquella flor eterna, y siempre verde, resucitó. Pues, ¿cómo podría marchitarse en la carne, cuyo nombre es unguento derramado (Cantar de los Cantares I, 2)? Se vació a sí mismo, para que respirara para ti.

63. Este unguento siempre existió, pero estaba con el Padre, estaba en el Padre. Solo olía a los ángeles y arcángeles, como dentro del vaso del cielo. Abrió la boca el Padre diciendo: He aquí que te he puesto como pacto de mi pueblo, como luz de las naciones; para que seas salvación hasta el extremo de la tierra (Isaías XLIX, 6). Descendió el Hijo, todo se llenó del nuevo aroma del Verbo. El corazón del Padre eructó un buen Verbo (Salmo XLIV, 2), el Hijo

fragante, el Espíritu Santo exhaló, y se difundió por los corazones de todos; Porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Romanos V, 5).

64. El mismo Hijo de Dios en el cuerpo como en un vaso contenía el aroma, esperando su tiempo, como dice: El Señor me da lengua de erudición, para que sepa cuándo debo decir la palabra (Isaías L, 4). Llegó la hora, y abrió la boca, vació el ungüento, cuando la virtud salía de Él.

65. Este ungüento fue vaciado sobre los judíos, y recogido por los gentiles: vaciado en Judea, y perfumó en todas las tierras. Este ungüento ungió a María, y la virgen concibió, la virgen dio a luz el buen aroma, el Hijo de Dios. Este ungüento fue derramado sobre las aguas, y santificó las aguas. Este ungüento ungió a los tres jóvenes, y la llama les roció humedad (Daniel III, 23). Este ungüento ungió a Daniel, y suavizó las bocas de los leones, y acarició su ferocidad (Daniel VI, 22).

66. Este ungüento fluye diariamente, y nunca se agota. Toma tu vaso, virgen, y acércate, para que puedas llenarte de este ungüento. Toma el ungüento valorado en trescientos denarios, pero dado gratuitamente, no vendido; para que todos lo tengan gratis. Virgen, úngelo: no te entristezcas como Judas (Juan XII, 5), porque este ungüento se derrama, sino sepulta en ti a Cristo. Cierra bien tu vaso, para que el ungüento no se derrame. Cierra con la llave de la integridad, con la modestia al hablar, con la abstinencia de gloriarse.

67. Quien tiene este ungüento, recibe a Cristo, y por eso quien lo tenía, dice: Abrí a mi hermano, mi hermano pasó (Cantar de los Cantares V, 6). ¿Cómo pasó? Es decir, penetró en el interior de la mente, como se dijo a María: Y una espada atravesará tu propia alma (Lucas II, 35). Pues la Palabra viva de Dios, como espada afilada, penetra, y explora las barreras corporales de los pensamientos, y los interiores del corazón (Hebreos IV, 12).

CAPÍTULO XII.

Cristo debe ser esperado por todos y especialmente por las vírgenes: si Él tarda, lo que siempre sucede por la pereza del alma, se debe levantar y, contemplando los dones ya recibidos de Él, invocar al Espíritu Santo; pues el Esposo responderá de inmediato. ¿Qué significa que dice que su cabeza y sus rizos están húmedos? en qué lugar se inserta la advertencia contra los rizos del cabello. Luego, cuando nuevamente impulsa al alma a guardar la inocencia, y a captar el aroma espiritual de los actos y la fe, promete que así agradará, y que Cristo se acercará a ella, y que no se apartará de ella sino por causa de la tentación; y que por tanto los tentadores deben ser despreciados.

68. Y tú, pues, alma, una del pueblo, una de la plebe (pues Cristo no se asombra de alguna distinción secular de dignidades, no admira un vestido dorado, ni un collar precioso, ni las nobles guirnaldas de gemas resplandecientes, cuyos gastos a menudo provocan disputas en la Iglesia, se huye de la paz), ciertamente tú, una de las vírgenes, que iluminas la gracia de tu cuerpo con el esplendor de la mente (pues estás más cerca, ya que te comparas con la Iglesia), tú, digo, en tu lecho, y en el tiempo nocturno, siempre medita en Cristo, y espera su advenimiento en todos los momentos.

69. Si te parece que tarda, levántate. Parece tardar, cuando duermes mucho: parece tardar, cuando te alejas de la oración: parece tardar, cuando no levantas la voz con salmos. Dedicar a Cristo las primicias de tus vigiliyas, inmola a Cristo las primicias de tus actos. Has oído en lo anterior que te llamó, diciendo: Ven del Líbano, Esposa, ven del Líbano; pasarás y

atravesarás desde el principio de la fe (Cantar de los Cantares IV, 8); pasarás al mundo luchando, atravesarás a Cristo triunfando del mundo. Has oído que te separó de los leones y leopardos, es decir, de las incursiones de las maldades espirituales: has oído que le agrada la belleza de tus virtudes: has oído que el aroma de tus vestiduras, es decir, el buen olor de la integridad, lo ha preferido a todos los aromas: has oído que eres un jardín cerrado, lleno de los frutos de las dulces frutas. Pide, pues, que el Espíritu Santo sople sobre ti, sople sobre tu lecho, y acumule el aroma de la mente piadosa, y de la gracia espiritual. Te responderá: Yo duermo, y mi corazón vela (Cantar de los Cantares V, 2).

70. Escuchas la voz de quien llama a la puerta y dice: Ábreme, hermana mía: levántate, amiga mía, paloma mía, perfecta mía (Ibid.): cercana en caridad, paloma en simplicidad, perfecta en virtud; porque mi cabeza está llena de rocío. Así como el rocío del cielo elimina las sequedades nocturnas, el rocío de nuestro Señor Jesucristo ha destilado la humedad de la vida eterna en las tinieblas nocturnas y seculares. Esta es la cabeza que no conoció la sequedad del mundo; de ahí que diga: Porque si en el árbol verde hacen esto, ¿qué se hará en el seco? (Luc. XXIII, 31). Esta cabeza, por tanto, rocía a otros, se abunda a sí misma. Y bien se abunda la cabeza de Cristo; porque tu cabeza es Cristo, quien siempre está lleno, ni se agota con sus liberalidades, ni se debilita con su generosidad prolongada. En esta cabeza no sube el hierro, que es instrumento de guerra, símbolo de discordia.

71. Ahora observa y ve qué tipo de rocío es, ciertamente no de humedad vulgar: sus rizos están llenos de gotas de la noche. No tomes, amiga mía, los rizos de los cabellos corporales (Cant. V, 2). No son adornos, sino crímenes: artificios de la forma, no preceptos de virtud. Otros rizos tiene el Nazareo, en los cuales no sube el hierro, que nadie corta: que no están compuestos con tenacillas, ni arreglados con arte, sino que resplandecen con la gracia de virtudes brillantes y múltiples. Aprende en la historia qué rizos tiene el Nazareo, que mientras Sansón los tuvo intactos, nunca pudo ser vencido (Jueces XVI, 17). Perdió los rizos y perdió el mérito de la virtud.

231 72. Habiendo escuchado la voz del Verbo, si te has despojado de la túnica en la noche, no busques cómo ponértela; porque se ofende, y frecuentemente se ofrece por la maldad espiritual. Cómo, digo, te la pongas, olvídale, y no lo sepas: y como si el Señor ya estuviera presente, libre de ataduras corporales, levántate turbada: prepara tu mente interna con oraciones mientras te levantas; para que desde lo humilde te esfuerces por lo supremo, y te esfuerces por abrir las puertas de tu corazón: mientras extiendes tus manos a Cristo, tus obras fieles exhalarán fragancia.

73. Acerca, pues, tus manos a tu nariz, y explora el olor de tus acciones con incansable y vigilante agilidad de mente. Te deleitará el olor de tu diestra, y tus miembros exhalarán la fragancia de la resurrección, tus dedos sudarán mirra, es decir, las obras espirituales exhalarán la gracia de la verdadera fe. Así, virgen, obtienes placer de tu cuerpo interior, y tú misma eres dulce para ti, tú misma eres agradable para ti, y tú misma (lo que a menudo sucede a los pecadores) no comienzas a disgustarte; porque más te agradará la desnuda simplicidad, despojada de los velos del engaño corporal.

74. Así te deseó Cristo, así te eligió Cristo. Abierta la puerta, entra; porque no puede fallar quien prometió que entraría. Abraza, pues, a quien buscaste: acércate a él, y serás iluminada: reténlo, ruega que no se vaya pronto, suplica que no se aleje; porque el Verbo de Dios corre, no se cansa de la fatiga, no se retiene por la negligencia. Que tu alma se mueva en su palabra, y sigue la huella de su discurso celestial; porque pasa rápidamente.

75. Finalmente, ¿qué dice ella? Lo busqué, y no lo encontré: lo llamé, y no me respondió (Cant. V, 6). No pienses que te desagrade, tú que llamaste, tú que rogaste, tú que abriste, porque se fue tan pronto: a menudo nos permite ser tentados. Finalmente, cuando las multitudes le rogaban que no se fuera, ¿qué dice en el Evangelio? Es necesario que evangelice también a otras ciudades la palabra de Dios; porque para eso he sido enviado (Luc. IV, 43). Pero incluso si te parece que se ha ido, sal, explora de nuevo (Cant. V, 7).

76. No temas ya, devota de Dios, a esos temibles guardianes inteligibles que rondan, no temas a los que rodean la ciudad, no temas las heridas que no pueden dañar a los que siguen a Cristo. Aunque quiten tu cuerpo, es decir, la vida de tu cuerpo, Cristo está cerca: cuando lo encuentres, reconoce dónde debes permanecer con él, no sea que se aleje de ti; porque pronto abandona a los negligentes.

232 CAPÍTULO XIII.

Debemos aprender de la Iglesia cómo puede retenerse al Esposo, a saber, con los lazos de la caridad y el beneficio de los sufrimientos: también debe introducirse en la casa interior, pero primero adornada con virtud. ¿Por qué ventana se dice que el Esposo introduce su mano, y cómo deben prepararse las ventanas para la virgen? También debe poner cerrojos de silencio en la puerta de su boca, lo que Eva no hizo para su gran mal. Entonces sudará la mirra de la mortificación y resurrección; si esa virgen es tal como se le ordena ser por el Apóstol: pero quiere buscar a Cristo y odiar la charlatanería.

77. ¿Quién, pues, sino la santa Iglesia debe enseñarte cómo retener a Cristo? más bien ya te ha enseñado, si entiendes lo que lees: Qué poco, dice, fue, cuando pasé de ellos, hasta que encontré a quien amó mi alma: lo retuve, y no lo dejaré (Cant. III. 4). ¿Con qué, pues, se retiene a Cristo? No con los lazos de la injuria, no con los nudos de las cuerdas: sino que se le ata con los lazos de la caridad, se le sujeta con las riendas de la mente, y se le retiene con el afecto del alma. Si tú también quieres retener a Cristo, búscalo continuamente, y no temas el sufrimiento; porque entre los tormentos del cuerpo, entre las mismas manos de los perseguidores, Cristo se encuentra mejor. Qué poco, dice, fue, cuando pasé de ellos. Porque en un breve espacio, en un breve momento, cuando hayas escapado de las manos de los perseguidores, y no hayas sucumbido a los poderes del mundo, Cristo te encontrará, y no permitirá que seas tentada por mucho tiempo.

78. Quien así busca a Cristo, quien encuentra a Cristo, puede decir: Lo retuve, y no lo dejaré; hasta que lo introduzca en la casa de mi madre, y en la cámara de la que me concibió (Ibid.). ¿Cuál es la casa de tu madre y su cámara, sino el secreto interno de tu naturaleza? Guarda esta casa, limpia los interiores de esta casa; para que, si la casa es inmaculada, y no está contaminada con las suciedades de una conciencia adúltera, la casa espiritual se levante en un sacerdocio santo, unida por la piedra angular, y el Espíritu Santo habite en ella. Quien así busca a Cristo, quien así suplica a Cristo, no es abandonada por él, más bien es visitada frecuentemente; porque está con nosotros hasta la consumación del mundo (Mat. XXVIII, 20).

79. Por lo tanto, Cristo ha sido encontrado y se le retiene: y ha sido encontrado aquel que introdujo su mano por tu ventana. ¿Cuál es nuestra ventana (Cant. V, 4), sino por la cual vemos las obras de Cristo, es decir, el ojo del alma y la mirada de la mente? Y por eso, virgen, que Cristo entre por tu ventana, que Cristo introduzca su mano por la ventana, que te llegue el amor del Verbo, no del cuerpo. Si, pues, el Verbo de Dios introduce su mano por tu

ventana, mira cómo debes preparar tus ventanas, mira cómo debes limpiarlas de todo polvo de pecados. Que no tenga nada oscuro, nada adúltero la ventana de la virgen. Lejos el antimonio y las demás vanidades de la belleza afectada, lejos las seducciones del amor adúltero. Similar es el cierre de las orejas, en las que no deben colgarse cargas, no deben fijarse heridas: sino que hay un solo adorno, escuchar lo que es útil.

233 80. Aprende también a cerrar tu puerta en los tiempos nocturnos, que no la encuentre fácilmente abierta cualquiera. El mismo Esposo quiere que esté cerrada cuando llama. Nuestra puerta es nuestra boca, debe abrirse casi solo a Cristo: ni debe abrirse, a menos que antes haya llamado el Verbo de Dios. Por eso está escrito: Jardín cerrado, hermana mía, Esposa, jardín cerrado, fuente sellada (Cant. IV, 12); para que no abra fácilmente su boca, ni se exprese con un discurso vulgar. Porque no conviene que hables de las cosas divinas, a menos que seas interpelada por el Verbo de Dios. ¿Qué tienes que ver con los demás? Habla solo a Cristo, conversa solo con Cristo. Porque si está escrito que las mujeres deben callar en la Iglesia (I Cor. XIV, 34), cuánto más no conviene que la puerta de la virgen esté abierta, no conviene que las puertas de la viuda estén abiertas. Pronto el insidioso del pudor se infiltra, pronto se escapa la palabra que desearías recuperar.

81. Si la puerta de Eva hubiera estado cerrada, ni Adán habría sido engañado, ni habría respondido al ser interrogada por la serpiente (Gen. III, 2 y ss.). La muerte entró por la ventana (Jerem. IX, 21), es decir, por la puerta de Eva. La muerte entra por tu puerta, si hablas falsamente, si hablas indecentemente, si hablas con insolencia, finalmente si hablas donde no debes. Que las puertas de tus labios estén cerradas, y que el vestíbulo de tu voz permanezca cerrado: entonces tal vez se abrirá, cuando escuches la voz de Dios, cuando escuches la palabra de Dios.

82. Entonces sudará para ti la mirra (Cant. V, 5), entonces te aspirará la gracia del bautismo; para que mueras con Cristo a los elementos del mundo, y resucites con Cristo. ¿Por qué aún, dice, como si vivieras en este mundo, decretas? No toques, no pruebes, no gustes lo que lleva a la corrupción por el mismo uso (Col. II, 20 y ss.); porque la corrupción debe estar ausente de los castos: así que sepultad el cuidado de la carne y del mundo. Los que habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba donde está Cristo (Col. III, 1). Cuando buscáis a Cristo, veis a Dios Padre; porque Cristo está sentado a la derecha de Dios.

83. Pero quien busca a Cristo no debe ser vulgar, no debe estar en el foro, no en las plazas, con voz quejumbrosa, paso resbaladizo, fácil de escuchar, vil a la vista. El Apóstol te niega la compañía terrenal, y casi te enseña a volar con alas espirituales más allá de los límites de la naturaleza hacia el cielo. Saboread las cosas de arriba, dice, no las de la tierra (Ibid., 2). Pero como esto era imposible en este cuerpo como si estuviera encerrado en una prisión; y porque, al morir los cuerpos, el alma se eleva a las alturas, mientras vivimos estamos atados por una cierta ley de nuestra naturaleza, por eso añadió: Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Ibid., 3). Si está escondida con Cristo en Dios, no aparezca al mundo; porque Cristo murió al mundo, vive para Dios.

84. Mira ahora cómo Cristo ama ser deseado, no ama las conversaciones. Abrió, pues, aquella virgen sus puertas al Verbo de Dios: pero pasó, dice, y mi alma salió en su palabra (Cant. V, 6). Salió del mundo, salió del siglo, permaneció en Cristo. Lo busqué, dice, y no lo encontré (Ibid.); porque Cristo ama ser buscado por mucho tiempo.

CAPÍTULO XIV.

La Esposa es encontrada por los guardianes de la Jerusalén celestial en la que debe entrar, ¿y de qué manera? Se explican la luz de esa ciudad, sus muros, puertas y ciudadanos. Cómo se entiende que el alma es despojada por los santos ángeles: cómo también, quien ha encontrado a Cristo buscado en el foro y en las plazas místicas, es herida por los mismos ángeles. A lo que se une otra exposición útil del manto quitado.

85. La encontraron los guardianes de los muros. Quizás hay otros guardianes que debemos entender mejor. Porque hay una ciudad que no tiene cerradas las puertas de los muros, de la cual se ha dicho: Y sus puertas no se cerrarán de día (Apoc. XXI, 25); porque no habrá más noche en ella, las naciones traerán gloria y honor a ella. Esa es, pues, la ciudad de Jerusalén que está en el cielo (Hebr. XII, 22), dentro de la cual ya se te guarda como perfecta e inmaculada; porque no entra en ella nada común. La castidad no es común, la pureza no es común, que está escrita en el libro de la vida (Apoc. XXI, 27).

86. Si, pues, hemos encontrado la ciudad, entremos en ella, veamos su luz, veamos sus muros, veamos las tribus, veamos los fundamentos de los muros, veamos también a los guardianes de los muros. Pero, ¿cómo entraremos en ella? En esta ciudad hay vida, y hay un solo camino que lleva a la vida: el camino es Cristo; por tanto, sigamos a Cristo. Pero la ciudad misma está en el cielo. ¿Cómo, pues, subiremos al cielo? Lo enseña el Evangelista que dice: Y me llevó el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo (Apoc. XXI, 10). Subamos, pues, en espíritu; porque la carne no puede subir a ella. Subamos nosotros mientras tanto al cielo, para que después descienda a nosotros desde el cielo, en la cual hay luz semejante a una piedra preciosa, como piedra de jaspé y cristal (Ibid., 11). Tiene un muro grande y alto.

87. Has aprendido la luz, has aprendido el muro: aprende las puertas, aprende los guardianes. Tiene, dice, doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, en los cuales están escritos los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel (Ibid., 12). En las puertas están contenidos los nombres de los patriarcas, en el muro los de los apóstoles; porque los fundamentos de la ciudad son los apóstoles (Ibid. 14): y la piedra angular es Cristo, en quien toda la estructura se levanta. Dios está fuera, Dios está dentro, Dios está en todas partes; porque la ciudad tiene la majestad de Dios (Ibid., 11). Por tanto, también vosotros, santas vírgenes, y todos los justos, que lleváis la castidad inmaculada del alma, sois ciudadanos de los santos y domésticos de Dios. Pero entonces poseeréis esta nobleza de la patria, si buscáis a Cristo dentro de los muros de esta ciudad, entrando por la fe y las obras preciosas, iluminados por la luz de los patriarcas, fundados sobre los apóstoles, viviendo entre los ángeles.

88. ¿Cómo, pues, estos guardianes son ángeles, que quitan el manto al alma casta (Cant. V, 7)? Hay un manto de las vírgenes, otro de la juventud errante. Aquella que busca a Cristo en el foro, incluso el manto que tenía, lo perdió; porque la prudencia no se posee en el foro, no en las plazas, sino en la Iglesia. Y quizás (para reconciliarnos también con ellos, y enseñar que Dios es misericordioso con todos; porque ellos también encuentran a Cristo alguna vez, si lo buscan continuamente) este manto es el vestido del cuerpo.

89. Por tanto, quien buscó a Cristo en su lecho (si lo buscó así, como aquel que dijo: Así me acordé de ti en mi lecho (Sal. LXII, 7); si lo buscó en las noches, según está escrito: En las noches levantad vuestras manos en el santuario (Sal. CXXXIII, 2); si lo buscó en la ciudad, en el foro y en las plazas: en la ciudad de nuestro Dios: en el foro quizás donde se sienta aquel juez del derecho divino, en las plazas de donde fueron recogidos los que acudieron a la cena del Señor) puede, al encontrarse con los ángeles que custodian la ciudad de Dios, mientras busca por mucho tiempo, encontrarse con ellos.

90. Además, de la naturaleza celestial de los guardianes podemos entender la ciudad celestial, el foro celestial de la justicia sempiterna: no las plazas viles, sino quizás aquellas en las que suele abundar aquella fuente, de la cual está escrito: Que tus aguas abunden de tu fuente, y en tus plazas se derramen tus aguas (Prov. V, 16). Quien así busca a Cristo, llega a los ángeles.

91. Pero si se llega a los ángeles con buenos méritos; ¿por qué quien llega es herido? Hay también una buena espada, cuya herida es buena. La palabra de Dios hiere, pero no ulcera. Hay una herida de buen amor, hay heridas de caridad; por eso dijo: Estoy herida de caridad (Cant. II, 5). Quien es perfecta, está herida de caridad. Son buenas, pues, las heridas del Verbo, son buenas las heridas del amante: Porque son útiles las heridas del amigo, más que los besos voluntarios del enemigo (Prov. XXVII, 6). Rebeca está herida de caridad, quien, dejando a sus padres, se trasladó al esposo (Gen. XXIV, 58 y ss.): Raquel está herida de caridad, quien tuvo celos de su hermana, amó a su marido (Gen. XXX, 1). Porque lo que le sobraba a su hermana en hijos, ella aún estéril lo envidiaba; porque representaba el tipo de la Iglesia, a la cual se le dice: Alégrate, estéril, que no das a luz: rompe y clama, que no tienes dolores de parto (Isa. LIV, 1).

92. Por tanto, los guardianes la encontraron, y la hirieron, y le quitaron el manto, es decir, le quitaron el envoltorio de las acciones corporales, para que la simplicidad desnuda de la mente buscara a Cristo; porque nadie puede ver a Cristo vestido con el manto de la filosofía, en el hábito de la sabiduría secular. Y bien se le quita el manto de la filosofía; para que nadie la despoje por la filosofía (Col. II, 8). Bien se le quita el manto, que se acerca a Cristo; para que, al ver a Dios, entre con un corazón puro: Porque bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 7). Finalmente, cuando purificó su corazón, encontró el Verbo, vio a Dios.

CAPÍTULO XV.

Exhorta al alma a buscar a Dios, explicando por qué se le llama con un término femenino, y aconseja implorar el favor divino, para que sea guiada por él como un carro; porque tiene cuatro movimientos como cuatro caballos, por los cuales es arrastrada: enseña cómo deben ser moderados por la razón y la prudencia.

93. Búscalo, pues, virgen, más bien busquémoslo todos; porque el alma no tiene sexo: pero quizás por eso recibió un nombre femenino, porque la agita un ímpetu más violento del cuerpo: pero ella misma aplaca el ímpetu de la carne con una cierta y suave razón amorosa.

94. Por tanto, debemos invitar a Dios con oraciones y súplicas para que se digne soplar como un buen viento del sur. Y que nos inspire la brisa celestial de su Verbo: que no suele agitar los árboles fructíferos con un viento fuerte, sino con un suave soplo y brisa. Por eso está escrito: Me puso en los carros de Aminadab (Cant. VI, 11); porque nuestra alma, mientras está unida al cuerpo, busca un auriga que la guíe, como un carro de caballos que relinchan; porque Aminadab fue el padre de Naasón, como leemos en Números (Num. I, 7), quien era príncipe del pueblo de Judá: cuya figura se refiere a Cristo, quien, como verdadero príncipe del pueblo, subiendo al alma del justo como a un carro, la gobierna con las riendas del Verbo; para que no sea arrastrada por la furia de los caballos violentos hacia el abismo.

95. Porque son como sus cuatro caballos, cuatro afectos, ira, deseo, placer, temor. Cuando comienza a ser llevada por ellos en su furia, no se reconoce a sí misma: porque el cuerpo corruptible pesa sobre el alma, y como un carro de animales irracionales la arrastra contra su

voluntad, rodando con preocupaciones como con un cierto ímpetu precipitándose, hasta que las pasiones del cuerpo mencionadas se calmen con la virtud del Verbo. Esta es la providencia del Verbo como buen auriga, para que el cuerpo mortal unido a ella no haga difícil la agitación de aquella alma que en sí misma no está sujeta a la muerte.

96. Primero, por tanto, debe domar estos rápidos movimientos del cuerpo y frenarlos con el lazo de la razón; luego, debe cuidarse de no enredarse en un movimiento desigual como el de los caballos, de modo que el bueno no se descolore por el malvado, ni el lento lo obstaculice, ni el turbulento lo inquiete; pues el caballo de la malicia relincha, y al agitarse daña el carro y pesa sobre el yugo. Un buen auriga lo calma y lo dirige hacia el campo de la verdad, evitando el desvío del engaño. El curso hacia lo alto es seguro, pero el descenso hacia lo bajo es peligroso. Así, como aquellos que han llevado bien el yugo de la Palabra, son conducidos hasta el pesebre del Señor, donde el alimento no es heno, sino el pan que desciende del cielo.

97. Las ruedas de este carro son de las que habló el profeta: "Y el espíritu de vida estaba en las ruedas" (Ezequiel 1, 20); porque el carro del alma es liso y redondo, girando sin tropiezo alguno.

237 CAPÍTULO XVI.

El Verbo es invitado al jardín del nogal, que es figura de la tentación, para captar los aromas de la fe y las virtudes, y comer miel. En Cristo todo está disponible para todos: por lo tanto, se debe acercarse a Él con fe firme, siguiendo el ejemplo de la mujer con flujo de sangre, cuyos efectos maravillosos se proclaman. A la fe se debe añadir también una humilde confesión; y no se debe responder a quienes detractan a Cristo, sino decir como la mujer: "No me he fatigado", etc. Finalmente, para otorgar autoridad a la confesión de la mujer, se proponen los ejemplos de Pedro y Pablo relacionados con la misma virtud.

98. Pero para no extendernos demasiado, el Verbo de Dios es invitado al jardín del nogal (Cantar de los Cantares 6, 10), donde se encuentran los frutos de la lectura profética y la gracia sacerdotal, que son amargos en las tentaciones, duros en los trabajos, pero fructíferos en las virtudes interiores. Por eso también la vara de Aarón floreció con nueces (Números 17, 8), no ya por su naturaleza, sino por virtud secreta. Que descienda, pues, a su jardín, para vendimiar la fe, captar los aromas, encontrar el alimento celestial, y disfrutar de la dulzura de nuestra miel diciendo: "He vendimiado mi mirra con mis aromas, he comido mi pan con mi miel" (Cantar de los Cantares 5, 1). Lo que está compuesto de las flores de diversas virtudes, recogido con el trabajo armonioso de aquellas abejas que proclaman la sabiduría (Proverbios 6, 8), la santa Iglesia lo guarda en los panales, para que sea alimento de Cristo.

99. Todo lo tenemos, pues, en Cristo. Que toda alma se acerque a Él, ya sea enferma por pecados corporales, ya sea clavada por ciertos deseos mundanos, ya sea aún imperfecta, pero progresando con meditación atenta, o ya sea perfecta en muchas virtudes: todo está en el poder del Señor, y Cristo es todo para nosotros. Si deseas curar una herida, Él es el médico; si ardes en fiebre, Él es la fuente; si te agobia la iniquidad, Él es la justicia; si necesitas ayuda, Él es la virtud; si temes la muerte, Él es la vida; si deseas el cielo, Él es el camino; si huyes de las tinieblas, Él es la luz; si buscas alimento, Él es el sustento. Gustad, pues, y ved que el Señor es bueno: bienaventurado el hombre que confía en Él (Salmo 33, 9).

100. Confió en Él aquella que sufría de flujo de sangre, y fue sanada de inmediato, porque se acercó con fe (Lucas 8, 43 y ss.). Y tú, hija, con fe, toca al menos el borde de su manto. Ya el

flujo de las pasiones mundanas, que desborda como un torrente, se secará con el calor del Verbo salvador; si te acercas con fe, si con igual devoción comprendes al menos el borde del divino sermón, si temblando te postras ante los pies del Señor. ¿Dónde están los pies del Verbo, sino donde está el cuerpo de Cristo? ¡Oh fe, más rica que todos los tesoros! ¡Oh fe, más fuerte que todas las virtudes del cuerpo! ¡Oh fe, más saludable que todos los médicos! Tan pronto como la mujer se acercó, sintió la virtud, obtuvo la medicina; como si acercaras el ojo a la luz, se ilumina antes de que lo sientas, y la operación de la luz precede a la preparación. La pasión inveterada, la pasión incurable, que había vencido toda invención del arte y toda provisión de dinero, se cura con solo tocar el borde del manto. Por tanto, virgen, debes imitar la modestia de aquella mujer al acercarte, y su devoción en la fe.

101. ¡Cuánta fue la gracia de aquella mujer, que aunque se avergonzaba de ser vista, no se avergonzó de confesar su enfermedad! No ocultes, pues, tus caídas, confiesa lo que Él ya conoce: no te avergüences de lo que no se avergonzaron los profetas. Escucha a Jeremías diciendo: "Sáname, Señor, y seré sanado" (Jeremías 17, 14). Así también dijo ella, cuando tocó el borde del manto; "Sáname, Señor, y seré sanado: Sálvame, Señor, y seré salvado; porque tú eres mi gloria"; pues solo está sana aquella a quien tú has sanado.

102. Si alguien te dice (porque así suelen ser tentados los fieles): "¿Dónde está la palabra del Señor? Que venga" (Jeremías 17, 15); pues también se dijo al Señor: "Descienda ahora de la cruz, y creeremos en Él: confió en el Señor, que lo libre ahora, si lo quiere" (Mateo 27, 42-43). Si alguien, pues, te dice esto con burla, y quiere llevarte a cuentos, no le respondas; porque Cristo no quiso responder a tales. Pregunta solo a Cristo; porque si les dices a ellos, no creerán: si les preguntas, no te responderán. Di solo al Verbo: "No me he fatigado siguiendo tras de ti, y no he deseado el día del hombre" (Jeremías 17, 16).

103. Esto dijo aquella mujer, y se detuvo el flujo de sangre. Aunque fatigada, aunque enferma, que había buscado a Cristo durante mucho tiempo, dijo sin embargo: "No me he fatigado siguiendo tras de ti"; pues no se fatiga quien sigue a Cristo, ya que Él llama a los fatigados para que descansen (Mateo 11, 28). Sigamos, pues, a Él. Mientras lo sigamos, no nos fatigamos: porque no hay fatiga en Jacob (Números 23, 21). Y en Isaías: "Los que esperan en el Señor... correrán, y no se fatigarán" (Isaías 40, 31).

104. Luego, cuando Cristo preguntó quién lo había tocado (Lucas 8, 45), ¿no te parece que ella dijo: "¿Por qué preguntas, Señor? Tú sabes: lo que sale de mis labios está ante tu rostro; y por eso no me avergüenzo de confesar mis propios pecados. Que se avergüencen los que me persiguen, y no me avergüence yo" (Jeremías 17, 18).

105. No se avergonzó Pedro de decir: "Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador" (Lucas 5, 8); pues un hombre sabio y grave, en quien estaba el fundamento de la Iglesia y la enseñanza de la disciplina, no vio nada más útil para sí mismo que no ser ensalzado por el éxito de la obra que seguía. Y por eso dijo: "Apártate de mí, Señor" (2 Corintios 12, 7). No pide ser abandonado, sino no ser ensoberbecido.

106. Pablo también se gloria del aguijón de la carne, porque se le dio para que no se ensoberbeciera. Es una jactancia peligrosa, que incluso Pablo teme: resbaladiza, que incluso en Pablo se evita. Pero no es fácil de mover por una caída quien temía ser ensalzado por las revelaciones; y por eso, como un atleta fuerte, se alegra de haber aprendido a comprar la salud del alma con la herida del cuerpo.

Aconseja evitar la jactancia con otros ejemplos, especialmente el de la abeja; pues nuestra alma tiene sus propios vuelos, con los cuales, al hacerse superior al mundo, se une a Dios y a las virtudes eternas. Enseña que estas están por encima del mundo con el ejemplo de Cristo, a cuya imitación y la de los apóstoles urge al alma. No obstante, para que el ejemplo no parezca demasiado elevado, exhorta a hacerse discípula de Cristo, para ser ayudada por la oración: mientras tanto, debe aplicar diligencia y dejar fuera los diversos vicios.

106. Por tanto, si reconoces que los dones divinos abundan y rebosan en ti, mide tu virtud, da gracias a Dios, y acepta la contemplación del cuerpo como el lastre de un barco; para que en los grandes oleajes del mundo no te lleve la brisa de alguna jactancia. La sabia abeja, cuando sospecha de los movimientos del aire, a menudo se equilibra en el vacío con piedrecillas levantadas; para que el ligero remo de sus alas no sea precipitado por los vientos. Pablo y Bernabé se sintieron agobiados cuando vieron que se les adoraba (Hechos 14, 12-13). Y tú, virgen, cuídate, al modo de aquella abeja, de que la brisa de este mundo no eleve el vuelo de tus alas.

107. Pues el alma tiene sus propios vuelos. Y por eso se ha dicho: "¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas con sus pichones?" (Isaías 60, 8). El alma, por tanto, tiene vuelos espirituales, que en un breve momento recorre todo el orbe; pues los pensamientos de los prudentes son libres: cuanto más se elevan a lo alto y a lo divino, tanto más se mueven sin impedimento de la carga terrenal. Así, adhiriéndose a Dios, y reflejando en sí la imagen de la figura celestial, cuando haya calmado sus carreras de la perturbación de los caballos, elevada por el aleteo de las alas espirituales a ese lugar etéreo y puro, desprecia todo lo que hay en este mundo: y atenta a las virtudes eternas, se desliza por encima del mundo. Pues la justicia está por encima del mundo, la caridad está por encima del mundo, la castidad está por encima del mundo, la bondad está por encima del mundo, la sabiduría está por encima del mundo: y aunque esté en este mundo, sin embargo, está por encima del mundo.

108. La justicia estaba por encima del mundo cuando el diablo ofrecía todos los reinos del mundo y toda su gloria (Mateo 4, 8). Estaba por encima del mundo quien no tocó nada del mundo. Finalmente, dice: "Viene el príncipe de este mundo, y en mí no encontrará nada" (Juan 14, 30). Aprended, pues, a estar en este mundo por encima del mundo: y si lleváis un cuerpo, que en vosotros vuele el ave interior. Está por encima del mundo quien lleva a Dios en su cuerpo.

109. Pero no podemos imitar a Dios. Imitemos a los apóstoles, a quienes el mundo odió; porque no eran de este mundo (Juan 15, 19). Imítalos, síguelos. Pero piensas que es arduo ascender por encima del mundo con la virtud humana. Bien afirmas; pues también los apóstoles, no como consortes, sino como discípulos siguiendo al Señor, merecieron estar por encima del mundo. Y tú, sé discípula de Cristo, emula de Cristo: y Él ruega por ti, quien rogó por ellos. Pues no solo por los apóstoles, dice, ruego; sino por aquellos que creerán en mí por la palabra de ellos; para que todos sean uno. El Señor, pues, quiere que seamos uno, para que todos estemos por encima del mundo; para que haya una castidad, una voluntad, una bondad, una gracia. Pues con estas se alimenta y aumenta el vuelo del alma.

110. Por tanto, no nos desanimemos, sino que nos levantemos de las cosas terrenales; pues tal es la naturaleza de las alas, que adquieren fuerza al agitarse. El vuelo se ayuda por lo que deleita al alma, que si siempre sigue a Dios, y desea habitar en la casa del Señor, y se alimenta de su deleite, y se nutre de los milagros de las virtudes celestiales; dejará fuera la

envidia, que está fuera del coro de los ángeles, dejará fuera los deseos del cuerpo, que no deben manchar el templo de Dios. Y por eso, ya que somos templo de Dios, renunciemos a las preocupaciones materiales.

CAPÍTULO XVIII.

Que los poetas atribuyan al alma carros, caballos y alas, lo tomaron del profeta Ezequiel. Se muestra que las formas de los cuatro animales de este representan a los cuatro evangelistas, así como las figuras de las cuatro virtudes cardinales. También se dice que David habló bellamente sobre las alas del alma. Por tanto, el santo Obispo nos incita al vuelo, y nos advierte sobre lo que debemos evitar con el ejemplo de la caída de Ícaro. Luego, planteada la dificultad de volar, enseña que si nuestros actos están de acuerdo, veremos a Cristo en el trono, quien nos dirigirá: pues se lee que a veces solía subir al monte, a veces a la nave; aprovechando esto, explica el sentido místico de la nave y la pesca de Pedro.

111. Y para que no parezca que hemos tomado algo de la filosofía o la poesía al decir que el alma tiene carros, caballos y alas, que ellos más bien tomaron de nosotros; la serie de lecturas proféticas que hemos usado nos lo muestra, escrita de esta manera por el santo Ezequiel: "Y la mano del Señor vino sobre mí allí, y vi, y he aquí un espíritu que venía del norte, y había una gran nube en él, y un fuego resplandeciente, y un resplandor alrededor de él como el resplandor del ámbar en medio del fuego, y había luz en él, y en medio como la semejanza de cuatro animales" (Ezequiel 1, 3 y ss.).

241 112. Ves, pues, que ya se han descrito cuatro animales. Debemos considerar qué tipo de animales son estos: "La semejanza de sus rostros era la cara de un hombre, la cara de un león a la derecha de los cuatro, y la cara de un buey a la izquierda de los cuatro, y la cara de un águila sobre los cuatro, y sus alas estaban extendidas" (Ezequiel 1, 10-11).

113. Aquí también hemos entendido que se describe el alma, cuyos cuatro animales son cuatro afectos: pero no como aquellos que describimos antes; pues aquellas almas aún están siendo instruidas y reciben progreso: aquí se describe ya una perfecta. Por lo tanto, aquellas son invitadas al cielo, esta ya está en el cielo con la Palabra de Dios. Tiene, sin embargo, cuatro afectos, que deben compararse con la semejanza del hombre, el león, el buey y el águila. Estas formas las hemos entendido figuradas por la propiedad de los libros evangélicos. Y por eso aquí también en el hombre se expresa la racionalidad, en el león la impetuosidad, en el buey la concupiscencia, en el águila la visión a través de las figuras de los animales.

114. Pues en todo hombre sabio, los prudentes de Grecia han recordado el "λογιστικὸν, θυμητικὸν, ἐπιθυμητικὸν, διορατικὸν": los latinos, en cambio, la prudencia, la fortaleza, la templanza y la justicia. Pues la prudencia es de la razón humana: la fortaleza tiene una cierta fuerza de virtud feroz, y desprecio de la muerte: la templanza, con el vínculo de la caridad sagrada y la contemplación de los misterios celestiales, desprecia los placeres del cuerpo: la justicia, situada en un alto estrado, ve y explora todo: que nace más para otros que para sí misma, no busca tanto sus propias utilidades como el beneficio público. Con razón, pues, el alma que obra justicia, toma la forma del águila, porque huyendo de lo terrenal, y toda sublime e intencionada en el misterio celestial, alcanza la gloria de la resurrección con el precio de la equidad. Por eso se le ha dicho: "Se renovará como el águila tu juventud" (Salmo 103, 5).

115. Por tanto, también según David, el alma está sostenida por alas espirituales, a tal punto que quiso declararnos volátil el alma, que en otro lugar también dijo: "Nuestra alma, como un pájaro, ha escapado del lazo de los cazadores" (Salmo 123, 7). Y en otro lugar: "En el Señor confío, ¿cómo decís a mi alma: Huye al monte como un pájaro?" (Salmo 11, 2). Por tanto, el alma tiene sus propias alas, con las cuales puede elevarse libre de la tierra. Pero el remo de las alas no es la estructura material de las plumas, sino el orden continuo de las buenas obras; como aquel del Señor, a quien se le dice bien: "Y en la sombra de tus alas esperaré" (Salmo 57, 2). Pues no solo aquellas manos del Señor clavadas en la cruz extendidas en forma de volar, sino también las obras celestiales, como sombra refrescante de la salvación eterna, han templado los incendios del mundo ardiente.

116. Por tanto, ya que se nos ha dado la capacidad de volar, que cada uno despierte en sí la gracia de Dios, y olvidando lo que queda atrás, deseando lo que está adelante, se apresure hacia lo que está destinado (Filipenses 3, 13). Lejos de los honores de la milicia, lejos de los ardores del mundo; no sea que, como dicen las fábulas, el calor del sol derrita la cera y los vuelos de Ícaro, con las plumas cayendo, lo dejen desamparado. Pues aunque la gravedad de las palabras esté ausente; sin embargo, con la sal poética quisieron declarar que los vuelos seguros a través del mundo son para la madurez de los prudentes, pero la ligereza juvenil es susceptible a las pasiones del mundo, con las plumas refluyendo, y, por el olvido de la verdad, con la estructura de los méritos disuelta, se desliza de nuevo a la tierra con mayor ruina.

117. No es fácil el vuelo para todos: difícil es también el curso de la vida humana para los animales internos discordantes. Pero si el orden de nuestros actos está de acuerdo, el profeta verá también en nosotros aquella rueda única sobre la tierra unida a los cuatro animales. Verá, pues, nuevamente Ezequiel; pues aún ve y vigila, y vigilará. Verá, digo, la rueda en medio de la rueda sobre la tierra girando sin tropiezo (Ezequiel 1, 15-16). Pues la rueda sobre la tierra es la vida del cuerpo adaptada a la virtud del alma, y formada con el curso coherente del precepto evangélico: pero la rueda en medio de la rueda, como si fuera vida dentro de la vida; que la vida de los santos no disuene de sí misma, sino que como fue la de la edad anterior, así sea la de la siguiente: o que en esta vida del cuerpo se gire el uso de la vida eterna.

118. Cuando estas cosas concuerden, entonces resonará la voz divina, entonces sobre la semejanza del trono aparecerá la semejanza como la especie de un hombre (Ezequiel 1, 26). Este hombre es el Verbo, porque "el Verbo se hizo carne" (Juan 1, 14). Este hombre es el conductor de nuestros animales, el rector de nuestras costumbres, que según la razón de nuestros méritos, a veces sube al carro, a veces al monte, o a la nave: pero a la nave en la que navegan los apóstoles, o pesca Pedro (Lucas 5, 3 y ss.); pues no es vil la nave que se lleva a lo alto (Mateo 17, 1), es decir, se separa de los incrédulos. ¿Por qué se elige la nave en la que Cristo se sienta, la multitud es enseñada, sino porque la nave es la Iglesia, que con la vela llena de la cruz del Señor y el soplo del Espíritu Santo navega bien en este mundo?

119. En esta nave pesca Pedro: y ahora se le ordena pescar con redes, ahora con anzuelo. ¡Gran misterio! Pues parece ser una pesca espiritual, en la que se le ordena lanzar el anzuelo de la doctrina al mundo; para que eleve primero a aquel mártir Esteban del mar, que contiene el tributo de Cristo en su interior; pues el mártir de Cristo es el tesoro de la Iglesia. Por tanto, aquel mártir que primero ascendió del mar al cielo, capturado por Pedro, ministro del altar, no es elevado con red, sino con anzuelo; para que con el río de su sangre sea elevado al cielo. En cuya boca estaba el tesoro, cuando hablaba de Cristo en confesión. ¿Qué tesoro hay en nosotros, sino la Palabra de Dios? Por tanto, el más perfecto pesca con redes y con anzuelo;

para que con la red encierre, con el anzuelo queme: pero con la red se encierra la multitud, con el anzuelo se elige al singular. ¡Oh, si me fuera permitido devorar ese anzuelo, que quemara mi boca, y me diera la salvación con una leve herida!

CAPÍTULO XIX.

Hortatur virgines, ut subeant retia sapientiae, id est regnum coelorum, quo ducere iubetur Petrus. Alia ejusdem praecepti datur acceptio, ut cor viri per altum intelligamus atque Ecclesiam: mox proponitur et tertia de ipso Christo; unde et respondet idem apostolus incassum per noctem se laborasse. Quomodo etiamnum eadem Christus ac Petrus dicant. Denique subjungitur exhortatio ut si pretium quod Christo debemus, totum solvere minus liceat, saltem nos ejus beneficio non indignos exhibeamus; ne queratur frustra sanguinem se profudisse, ac locum subiisse corruptionis.

120. Intrate igitur, filiae, in apostolorum retia, quae non hominis auctoritate, sed Dei voce laxantur; rete enim sapientiae spiritalis atque doctrinae regnum coelorum est, quia scriptum est: Simile est regnum coelorum reti misso in mare (Matth. XIII, 47).

121. Audistis hodie dicentem Dominum Jesum Simoni: Duc in altum, et laxate retia vestra in capturam (Luc. V, 4). Ante non ducebat in altum Petrus, quando piscabatur in stagno. Etsi mare erat, altum non erat (Ibid., 5); altum mare Scriptura nescit. Quid ergo sit altum, accipe: Aqua alta consilium in corde viri (Prov. XVIII, 4); Altum cor vir est, ubi nihil vadosum est. Duc ergo in altum disputationis tuae fideique remigium, duc in cor viri. Per parabolam hic vocat ad Ecclesiam Petrum, quem secundum Matthaeum simplici vocavit sermone dicens: Venite, et faciam vos piscatores hominum (Matth. IV, 19).

122. Est et aliud mysterium: Duc in altum; quia ante in arena erat, quando in Synagoga erat. Alta non erat aqua Judaeae. Denique Samaritana et puteum altum putabat dicens: Et puteus altus est, unde mihi dare habes aquam vivam (Joan. IV, 11)? Non ergo ducere in altum poterat, quando cum Judaeis credebat, qui etiam de puteo aquam haurire non poterant. Ideo dicitur Petro: Duc in altum, hoc est, duc ad Christum; altus est enim Christus, de quo dicitur ad Joannem a Patre: Et tu, puer, propheta Altissimi vocaberis (Luc. I, 76). Duc ergo ad Christum. Et bene altum, in quo est altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei (Rom. XI, 33). Duc in altum; qui altus super altum custodit, et exaltat.

123. Ibi ergo altae aquae, ubi Christus est, hoc est, fides. Altae aquae, quae timent Dominum, quales illae: Viderunt te aquae, Deus, viderunt te aquae, et timuerunt (Psal. LXXVI, 17). Apud Judaeos aqua alta non erat, quia non erat in corde viri. Ideoque Dominus ait: Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me (Matth. XIV, 8). In corde amat esse Christus: Sicut enim fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus et tribus noctibus; sic erit et Filius hominis in corde terrae tribus diebus et tribus noctibus (Matth. XXII, 40).

124. Denique ut scias quia de fide dicit: Duc in altum; ait Petrus: Praeceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus, sed in verbo tuo laxabo retia (Luc. V, 5). Noctem habebat Petrus, antequam Christum videret. Nondum enim ei venerat dies; quia veram non viderat lucem. Synagoga nox est, dies Ecclesia est. Unde et Paulus dicit: Nox praecessit, dies autem appropinquavit (Rom. XIII, 12). Bona lux, quae perfidiae excussit caliginem, fidei diem fecit. Dies factus est Petrus, dies Paulus, ideoque hodie natali eorum Spiritus sanctus increpuit dicens: Dies diei eructat verbum (Psal. XVIII, 3), hoc est, ex intimo thesauro cordis fidem praedicant Christi. Et bonus uterque dies, qui nobis verum lumen evomuit.

125. Haec in Evangelio legimus. Et fortasse in coelo hodie de nobis Christi et Petri iste sit sermo. Quotidie Piscatur Petrus, quotidie ei dicit Dominus: Duc in altum. Videor mihi audire dicentem Petrum: Praeceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus. Nox fuit, pauciores ad vigiliis convenerunt. Laborat in nobis Petrus, quando nostra laborat devotio: laborat et Paulus. Denique audistis dicentem hodie: Quis infirmatur, et ego non infirmor (II Cor. XI, 29)? Nolite facere ut pro vobis laborent apostoli. Ergo dicunt ei: Per totam noctem laborantes nihil cepimus. Nullus certe de ditioribus jejunavit. Quibus hodie bene respondit Petrus: In timore hoc incolatus vestri tempore conversamini, scientes quod non corruptibilibus argento vel auro redempti estis de vana vestra conversatione paternae traditionis, sed pretioso sanguine quasi agni incontaminati et immaculati Christi Jesu (I Petr. I, 18, 19). Non ergo aurum et argentum vos liberavit, sed probatio fidei multo pretiosior auro, quod perit.

126. Bonus servus pretium studet reparare Domino, quod pro se solutum est. Noli aurum parare, filia, noli argentum. Non divitiis istis te Christus redemit. Paratum habeto pretium. Non semper exigeris, sed semper debes. Sanguinem solvit, sanguinem debes. Ille pro te solvit, tu pro te redde. Eramus oppignorati malo creditori peccatis; contraximus chirographum culpaе, poenam sanguinis debebamus: venit Dominus Jesus, suum pro nobis obtulit; sed non potes sanguinem reddere.

127. Bonus quidem servus debet pretium suum reparare Domino suo: si non potest pretium reddere, vel hoc faciat, ne pretio videatur indignus. Ergo et tu dignam te gere tali pretio; ne veniat Christus qui te mundavit, qui te redemit; et si te in peccatis invenerit, dicat tibi: Quae utilitas in sanguine meo (Psal. XXIX, 10)? Quid profecit tibi, dum descendo in corruptionem?

128. Sed ne mireris quomodo descenderit in corruptionem, cujus caro, ut alibi scriptum est (Act. II, 24 et seq.), non vidit corruptionem. Descendit quidem in locum corruptionis, qui penetravit inferna: sed corruptionem incorruptus exclusit.

CAPUT XX.

Petit preces, piscationem suam cognoscens prosperam esse non posse sine favore Dei, cui gratias quod sibi auxilium mittere sit dignatus, agit. Suis se retribus non uti significat, sed Petri et Pauli, a quibus optat virgines vivificari. Quam utile Joanni fuerit omnia pro Christo deseruisse, cujus persona quo fuit vilior, eo major illi haberi debet auctoritas. Quantum etiam illud quod Moysi ac Eliae piscatores a Christo sociantur. Horum cum Moyse jucunda instituitur collatio.

129. Verum ut jam ad superiora redeamus, rogate ut et mihi dicatur: Duc in altum, et laxate retia vestra in capturam. Quis enim est, qui sine Deo piscetur hanc plebem; praesertim cum tantae tempestates et procellae mundi hujus obsistant? Sed quando vult Dominus, jubet laxare retia, et capitur multitudo piscium: nec solum una, sed etiam altera navis impletur; quia plures Ecclesiae immaculata plebe complentur. Et bene accidit quia nos laboraturos Dominus sciebat, et auxilium de sociis ministravit. Adest piscator Ecclesiae Bononiensis aptus ad hoc piscandi genus. Da, Domine, pisces; quia dedisti adjutores.

130. Nec tamen nostris, sed apostolicis utimur retribus. In illos sinus, et quosdam apostolicarum disputationum recessus vestrum, o filiae, cogatur agmen. Vivificet vos Petrus, filiae: qui et pro vidua intervenit (Act. IX, 39, 40), quanto magis pro virgine! Qui diutius viduas flere non passus, motus earum lacrymis, resuscitavit altricem. Vivificet vos Paulus, qui vos praecepit honorari (I Tim. V, 3), qui ait: Bonum est si sic maneant sicut et ego (I Cor.

VII, 8). Honore provocat, magisterio docet, invitat exemplo (Matth. IV, 20 et seq.). Vivificet ille, qui relictis suis omnibus, secutus est Dominum: secutus est Petrus, secutus est Joannes.

131. Vide quid piscator etiam iste profecerit. Dum in mari lucrum suum quaerit, vitam invenit omnium. Lumbum deseruit, Deum reperit: scalmum reliquit, Verbum invenit: lina laxavit, fidem vinxit: plicavit retia, homines elevavit: mare sprexit, coelum acquisivit. Hic ergo piscator dum ipse turbato agitatur salo, mobili mentes statione nutantes fundavit in petra.

132. Astruamus igitur piscatoris artem frequentius, ut plenius de virtute credamus. Fuerit minister ignobilis, ut sit evangelista nobilior: paupertate egenus, ut virtute locupletior: vilis ad honorem videatur, sed pretiosus ad fidem. Quanto minus creditur piscatori, tanto amplius creditur; quia non sua, sed divina sunt, quae locutus est. Obsequitur plebeia conditio, expectationem aufert sapientiae saecularis, opinionem auget sapientiae spiritualis. Qui Legem non didicit, et quae Legis sunt sapit, ipse sibi Lex est: qui Legem non didicit, et ultra Legem loquitur, ab eo accepit, a quo ipsa Lex venit (Rom. II, 14, 15).

133. Quae tam repentina dignitas? Piscatores duo in monte Domini (Matth. XVII, 1 et seq.), uni lateri Legis, exsecutori alteri conferuntur. Videte qualis sit iste piscator. Moyses quidem terrena omnia et mundanae sapientiae altitudinem supergressus, usque ad coelum et sidera prudentia mentis ascendit: piscatoris istius mens non nubibus caligatur, non temporibus includitur, non mysteriis naturae coelestis excluditur; sed omnem corporalem materiam supergressa, Verbum apud Deum vidit, et quod Verbum ipsum Deus esset, aspexit (Joan. I, 1 et seq.): nec obtutu carnis in Petro infirmata trepidavit, sed Dei Filium etiam in homine apprehendit (Matth. XVI, 17); ut assumptio corporis ad jus divinitatis assumptis adscita, in nomen transiret auctoris.

134. Et Moyses quidem cum dicit: Et dixit Deus . . . et fecit Deus (Gen. I, 3 et seq.); Patrem, Filiumque signavit: sed ille non ignorabat, ego adhuc ignorabam. Denique post Legem populus erravit, post Evangelium credidit. Magna in diversis virtutibus Dei gratia. In illo, quia mundum descripsit: in isto, quia mundum ignoravit.